

ANTOLOGÍA

CUENTO

FERNANDO LINETZKY · NATALIA ZITO · AGUSTÍN MAYA · FERNANDO M. CHULAK · BERENJENAL · LUIS MEY · CECILIA FERREIROA

DIGITAL

LUCIANA CZUDNOWSKI · MARÍA FERREYRA · MARCELO FILZMOSE · CLAUDIO ROBIN · RAMIRO GALLARDO · SANTIAGO CRAIG

ITAÚ 2012

**ANTOLOGÍA**

## **Convocatoria Itaú Cuento Digital 2012**

Organiza **Grupo Alejandría**

### ***Autores***

Fernando Linetzky, Natalia Zito, Agustín Maya, Fernando Martín Chulak, Berenjenal, Luis Mey, Cecilia Ferreira, Luciana Czudnowski, María Ferreyra, Marcelo Filzmoser, Claudio Robin, Ramiro Gallardo y Santiago Craig.

### ***Jurado***

Claudia Amengual, Patricia Suárez y Martín Kohan.

**Itaú  
cultural**

**Fundación Itaú**

**Grupo Alejandría**



[www.fundacionitau.com.ar](http://www.fundacionitau.com.ar)

Facebook/Twitter/Youtube: ItauCulturalArg

[elgrupoalejandria.blogspot.com](http://elgrupoalejandria.blogspot.com)

Facebook: Grupo Alejandría

### ***Staff***

Fundación Itaú  
Grupo Alejandría

### ***Coordinadora***

Clara Anich – *Grupo Alejandría*

### ***Comité de lectura***

Nicolás Hochman – *Grupo Alejandría*

Yair Magrino – *Grupo Alejandría*

Edgardo Scott – *Grupo Alejandría*

Manuel Crespo

Alejandro Ferreira

Juan Guinot

Daniel Krupa

María Martoccia

Gastón Navarro

Julio Parissi

Ana Prieto

Diego Vigna

### ***Jurado de Premiación***

Claudia Amengual

Martín Kohan

Patricia Suárez

### ***Diseño de la obra e ilustraciones***

*Estudio Controlzeta* - [www.controlzeta.ws](http://www.controlzeta.ws)

Dictamen del jurado (CLAUDIA AMENGUAL, MARTÍN KOHAN, PATRICIA SUÁREZ)..... 4

---

CUENTOS

---

<b>UN MAR QUIETO</b> de FERNANDO LINETZKY.....	6
<b>NOMBRE DE ALMACENERA</b> de NATALIA ZITO.....	8
<b>LOS GALGOS</b> de AGUSTÍN MAYA.....	11
<b>ARDE</b> de BERENJENAL.....	15
<b>EL POZO</b> de FERNANDO MARTÍN CHULAK.....	19
<b>EL CASCO</b> de LUIS MEY.....	22
<b>LA HIJA</b> de CECILIA FERREIROA.....	24
<b>UN NIDO RECIÉN PINTADO</b> de LUCIANA CZUDNOWSKI.....	27
<b>SUCIO DE TOMATE</b> de MARÍA FERREYRA.....	30
<b>ÁFRICA</b> de MARCELO FILZMOSER.....	33
<b>LA PERLA DEL ALBA</b> de CLAUDIO ROBIN.....	36
<b>CUENTOS DE TERROR PLAYERO</b> de RAMIRO GALLARDO.....	38

---

CATEGORÍA CLIENTES

---

<b>UNA LAUCHA</b> de SANTIAGO CRAIG.....	41
Comentarios del Comité de Lectura y del Jurado.....	45
Un epílogo para cuentos digitales.....	48
Epílogo del Grupo Alejandría.....	49

DICTAMEN  
del JURADO

El jurado compuesto por Claudia Amengual (Uruguay), Patricia Suárez (Argentina) y Martín Kohan (Argentina), en el mes de octubre de 2012, resolvió premiar las siguientes obras:



— PRIMER PREMIO —

**UN MAR QUIETO**

— MENCIONES —

*Mención Especial*

**NOMBRE DE ALMACENERA**

*Recurso de sonido*

**LOS GALGOS**

*Diversidad de recursos*

**ARDE**

— CUENTOS CATEGORÍA ESCRITORES —

**EL POZO**

**EL CASCO**

**LA PERLA DEL ALBA**

**CUENTOS DE TERROR PLAYERO**

**LA HIJA**

**UN NIDO RECIÉN PINTADO**

**SUCIO DE TOMATE**

**ÁFRICA**

— CUENTO CATEGORÍA CLIENTES —

**UNA LAUCHA**

“Estas obras publicadas han ganado su lugar después de atravesar el filtro de varias miradas críticas que, finalmente, decantaron en una selección. Por su calidad poética, sus tramas bien urdidas y su brevedad elocuente merecían llegar a más lectores. Este concurso y esta publicación permiten que ese feliz encuentro se produzca.”

*Claudia Amengual*

.....  
SOBRE *las*  
OBRAS  
GANADORAS  
.....

“Sujetos confundidos, partidos o mejor: *particionados*, viendo visiones, viviendo dos vidas, múltiples vidas, ex patriados, exiliados, deportados, anárquicos, anoréxicos del corazón, escindidos del deseo. Esta fue la norma de los cuentos enviados, el reflejo convexo del mundo en que estamos parados hoy, si a eso sumamos la pericia técnica en muchos casos, ¿cómo la elección no iba a ser reñida?”

Fue un placer y un vértigo ser jurado, y agradezco como un regalo el haber leído estos cuentos.”

*Patricia Suárez*

“El cuento es el género donde la tradición se aloja sin sentir remordimientos. Su impulso, antes que el de contar lo nuevo o el de contar de manera nueva, es el de contar *de* nuevo. Contar de nuevo, volver a contar, hacer que la narración recomience siempre de esa misma forma en que recomienzan las fábulas o los deseos.

El imperio novelístico, actualmente en máxima expansión, lo confirma en su verdad: la del arte del repliegue y de la concentración; la de plasmar un destino o una debacle, una verdad revelada o su imposibilidad total, un mundo que empieza o termina, una desazón o un misterio, apenas en un puñado de páginas, vale decir en estado de condensación.

Promover la producción y la circulación de cuentos, como se ha hecho con este concurso, es una apuesta literaria doblemente valiosa hoy por hoy. ¿Qué quiere decir, al fin de cuentas, que un género literario pueda verse relegado? Mucho o nada, según se mire. Porque, a decir verdad, verse relegada es la condición más propia de la literatura.”

*Martín Kohan*

Sobre **UN MAR QUIETO**

“La desolación es ni más ni menos que esto: un paisaje de pocas cosas, una mezcla de intensidad y abandono, la comprensión despaciosa de que pasó lo que no se pensaba, de que la tristeza cabal luce despojada siempre. Allá Heráclito con su río; este cuento viene a decir que hay trances en la vida que dejan quieto hasta el mar.”

*Martín Kohan*

“Un mar quieto es la historia de la desolación y de la pena absoluta ante la pérdida de lo amado. Y es, también, la confrontación con el incipiente aislamiento que se cierne sobre el personaje como una sombra aciaga. Un cuento escrito desde una poesía descarnada que encuentra una cierta belleza en el dolor.”

*Claudia Amengual*

Sobre **NOMBRE DE ALMACENERA**

“Nombre de almacenera es un cuento con dos grandes fuertes: uno, su pericia técnica; dos, el narrar una situación políticamente incorrecta -una joven que se prostituye- sin apelar a golpes bajos. Está edificado sobre el axioma de que “ninguna mujer nace para puta”, pero lejos de apelar al panfleto, se limita a la situación emocional y por momentos hasta aséptica de la protagonista. Creo que es un gran cuento.”

*Patricia Suárez*

# • UN MAR QUIETO •



FERNANDO LINETZKY

**Mucho odio en la tele.** La patada voladora de Cantona cuando jugaba en el Manchester repetida una y otra vez. Odio. Un hombre con barba y piernas de maceta, comportándose como niño furioso, creyéndose hombre. Me sobrepasa. Como las bolsas llenas de basura atrás de la puerta de la cocina. Tres bolsas. Es sábado y empieza a anochecer y a mí me da no sé qué esta casa tan sola. Hoy se cumplen dos meses desde que ella se fue.

–*Quedate con toda esta mierda*–dijo. Ni siquiera lo gritó.

Se llevó a mi hijo con ella.

Antes se encargó de aclararme que por fin había encontrado un hombre.

Un tipo sensible que la escucha, al que le importa si ella sufre, si está mal. Superman.

Yo le dije algo sin importancia. Ni siquiera sé si lo dije, lo pensé o lo susurré. ¿Qué iba a decir?

Ella dijo que me iba a avisar cuándo podría ver al nene. Por unos meses iba a ser imposible porque se iban a una gira de artesanos por la costa. Fue fácil imaginarlos en un micro viejo yendo de pueblo en pueblo con sus chucherías para vender. Mi nene en brazos del otro hombre, del hombre de verdad, mirándolo hacer pulseritas y collares. Feliz. Lejos de mí.

Está oscureciendo y no tengo nada que hacer salvo sacar la basura que vengo acumulando desde que ella se fue. Estuve pensando y no pude recordar la última vez que le dije que la amaba. Igual ya no tiene importancia.

Cuando se fue abrí la puerta apurado y corrí hasta la esquina. Miré para todos lados, pero ya no estaba. Busqué cigarrillos en el bolsillo y encontré el chupete viejo, mordido, con el que mi hijo se dormía cada noche. Lo apreté fuerte.

Una vez mi papá me dijo que yo arruinaba todo lo que hacía. No me lo dijo con maldad, me lo dijo más como advertencia. Que era una herencia familiar, que así éramos los hombres de la familia, no había nada que hacer. Yo tenía doce años.

En lo primero que pensé cuando mi hijo nació fue en eso: yo nunca se lo iba decir. Ni a los doce ni a los veinte.

Está llegando la medianoche, apago la televisión y voy al baño. Me agarro de la pileta y me miro fijamente a los ojos en un botiquín de tres compartimentos. Los años hacen que las banditas y las aspirinas se vayan cambiando por vendas y tranquilizantes. Giro los dos espejos de los costados hacia adentro. Miro mi perfil derecho, el izquierdo, me miro de frente. Tendría que salir. Darme una ducha, afeitarme, vestirme bien, perfumarme y salir a caminar. Entrar en algún cine. En algún bar

ver si hay alguna mina sola. Contarle cómo extraño al nene. Cómo extraño a mi mujer.

Ya no hay nada que hacer acá.

Ya no siento el olor de las bolsas: pero hablan entre ellas. Y las escucho. Hasta que no las saque no voy a poder salir a ningún lado. Ella y el nene podrían volver de un momento a otro y entrar en la casa. Lo primero que sentirían sería este olor a podrido que ya no distingo, este zumbido insoportable que hacen las moscas encima de las bolsas. Ella diría:

¿Qué hizo? ¿En qué se convirtió este hijo de puta?. Peor, se preguntaría qué hago yo acá, para qué volví. Y su arrepentimiento me lastimaría más que la decisión de haberse ido.

Hasta que no haya sacado la última bolsa no voy a poner un pie fuera de esta casa. Lo que debería hacer es levantarme de este sillón. Dar un salto, correr a la cocina, agarrar las bolsas y salir de acá. Agarrar las tres bolsas más la que está en el tacho, dos en cada mano y a la calle.

Quizás si saco las bolsas de basura todo se arregle. Agarro la bolsa que todavía está en el tacho y la ato con un nudo. La suelto encima de las otras tres. Miro la montaña. La miro con una especie de cariño. Me estoy moviendo. Estoy vivo. Abro el tercer cajón del mueble de la mesada y saco una bolsa nueva. La pongo en el tacho.

Agarro dos bolsas con cada mano. Pesan más de lo que creí. Las arrastro un poco. Empiezo a transpirar. Me gustaría secarme la transpiración. Pero si apoyo las bolsas en el piso quizás ya no pueda sacarlas. Prefiero hacer todo de un tirón.

Camino por el pasillo de la cocina al living. Los brazos me tiemblan pero falta poco. Cuando me doy cuenta ya es tarde: una de las bolsas se abrió por abajo. Me doy vuelta y veo un camino de mugre. Como si fuese esos caminitos de jardín, flores y piedras rosadas a los costados, pero en este caso es basura: cáscaras de naranja, latas de atún, colillas de cigarrillos. Me quedo transpirado, descalzo, mirando el camino. Suelto las bolsas que hacen un ruido seco al caer al piso. Agarro una y la rompo al medio. La llevo al living, la levanto lo más alto que puedo y dejo que la basura vaya cayendo y se desparrame por todos lados. Busco otra bolsa y hago lo mismo. Paso a paso: bolsa, basura, piso.



A una la pateo cuando va cayendo. A otra la agarro del extremo y empiezo a girar a toda velocidad y la basura vuela por todas partes. Contra el vidrio del balcón, contra las paredes.

Cuatro bolsas. Así hasta que no queda ni una sola. Me siento bien: agotado y satisfecho. En el piso casi no hay lugar sin basura. Parece un mar quieto. Camino descalzo por encima. Las moscas son gaviotas. Me tiro en el sillón. Quisiera dormir, pero no voy a poder. Entonces saco del bolsillo del pantalón el chupete y me lo pongo en la boca ●

**Fernando Linetzky** (Avellaneda, 1976).

Estudió música, cine y letras, y no se recibió de nada. Actualmente vive y trabaja en la provincia de La Rioja. Su libro preferido es *De ratones y de hombres*, de John Steinbeck.



*Sobre "Un mar quieto" - Martín Kohan*



*Comentario del Jurado sobre las obras premiadas*



*Volver al índice*

# • NOMBRE DE • ALMACENERA

NATALIA ZITO

En otro momento se habría tomado un taxi. Habría arreglado un precio de antemano para que no la paseen y le cobren de más, habría subido, se habría puesto la campera sobre las piernas para que el tache-ro no le rompiera las pelotas con el espejito y habría dormido durante todo el viaje. Hoy no. Hoy los tacos le hacen doler los pies y sin embargo camina. Decide que va a volver por esas cuatro cuadras en subida para llegar a la estación de subte. Se estira un poco la pollera simil cuero y observa avanzar las puntas de sus zapatos. Mientras puede dejar su mirada en el suelo, cree que está sola, que nadie la mira. Si no se cruza con los ojos de los otros, puede evitar imaginar lo que piensan de ella. A las siete de la mañana, la mayoría de la gente está saliendo. Ella, en cambio, vuelve o parece que vuelve y se le nota. O debería volver, pero no cree que lo haga. Es probable que no regrese del día de hoy. Tal vez, se esté yendo esta mañana, pero no como se van los demás, porque ella no

es como los demás, o no se siente como los demás, los que se levantan a la mañana y salen a trabajar con el pelo mojado. Esta vez fue demasiado, piensa. Tuvo que haber sido la última vez. Tiene que ser la última vez. Quiere decidirlo y sentirse segura pero no puede. Ya le pasó. Hay una sola manera de terminar con todo y ella la sabe, la pensó muchas veces. Sabe que de otro modo corre el riesgo de aceptar de nuevo, por la plata, por la costumbre o la inercia de que el día de mañana sea parecido al de hoy. Ésta fue la última, se terminó; piensa y aunque le duele, apoya más

firme los tacos al caminar. Cómo habría sido si aquel viejo de mierda no se hubiera hecho el bueno cuando las cosas en su casa se derrumbaron, qué habría pasado si sus padres no se hubieran separado cuando ella tenía dieciséis años y se hubieran ocupado un poco más de saber con quién perdía las tardes. Ojalá sus padres se hubieran dado cuenta de que sus palabras sensatas eran sólo para decir lo que ellos querían escuchar, para dejarlos tranquilos, para que dejaran de enojarse todo el tiempo. Tal vez, con alguna de esas cosas, ella hubiera estado a salvo de aquel viejo de mierda, de todos los clientes que vinieron después y de este cliente, el de hoy, el mismo de todas las semanas, el mejor, o el peor. Se sube el cierre de la campera cortita para ver si eso le frena el frío y le sostiene un poco el busto. Le molesta caminar sin corpiño y se enfurece cuando recuerda que lo lleva roto en la cartera. Podría comprarse otro. Las veces anteriores lo hizo. Tiró la ropa interior rota o la cosió y se la regaló

a alguna compañera, y se compró un conjunto mejor. El tipo me paga muy bien, se justificaba. La plata no es el problema. O sí. Tal vez habría sido mejor tener que medir los gastos. Si acostarse con tipos no hubiera resultado tan rentable, habría sido más sencillo cambiar el camino. Pero dónde iba a ganar lo mismo. Hacía mucho tiempo que se sentía una puta y eso ya no dependía del trabajo. La plata no será un remedio, pero es un buen somnífero y ella lo sabía utilizar. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Estar sentada todo el día en una caja de supermercado, barrer el pelo en una peluquería, limpiar en una casa de familia? ¿Quién iba a elegirla para esas cosas? Ella, con ese culo no puede pasar desapercibida. Eso le decía el viejo de mierda a los dieciséis años. La gente no quiere una putita en su casa, le decía el viejo cuando ella le creía el cuento de que le estaba haciendo un favor. Todos los días, después del



MENCION  
ESPECIAL

colegio, la esperaba en su departamento. Él le preparaba la comida, miraban televisión, ella lavaba los platos y después se la llevaba al dormitorio. La mayoría de las veces era en el dormitorio, sólo algunas en la cocina, antes de que ella terminara con todo. Después, él le daba la plata, siempre la misma cantidad, la que le había prometido la primera vez con el verso de que así, ella iba a poder ayudar a sus padres. En eso nunca se había hecho el vivo. Antes de volver a su casa, pasaba por el supermercado. Compraba leche, pan, yerba, galletitas, alguna gaseosa y guardaba el resto para el colectivo. Llegaba para la hora de la merienda, se tiraba en la cama y casi siempre le pasaba lo mismo. Pensaba que luego de descansar un poco se iba a preparar una chocolatada con vainillas, su abuela le preparaba eso hasta que murió, cuando ella tenía doce. Pensaba en calentarlas y ponerles dulce de leche como hacía su abuela pero se quedaba dormida hasta las nueve de la noche. A esa hora llegaba su mamá, siempre apurada o cansada después de trabajar todo el día. A

veces cocinaba fideos, otras, tomaban mate cocido y comían el pan o las galletitas que había comprado Sandra en el supermercado. Miraban televisión. Algunas noches llamaba el papá, atendía la madre y discutían. Una vez, Sandra les tomó el tiempo y la discusión duró más de dos horas, tiempo en el que esperó que la madre le pasara el tubo para saludarlo, luego se quedó dormida. Otras veces miraba a la madre que cortaba furiosa. Sandra está segura de que en esos ratos la madre se olvidaba de que ella estaba ahí, actuaba como si nunca hubiera tenido una hija. Caminaba para todos lados, iba a la cocina, abría la heladera, sacaba algo o nada, pero igual puteaba ¿Qué tal el colegio? preguntaba a veces y casi nunca esperaba la respuesta o no indagaba en

el bien desgano de Sandra. Había caminado muchas veces estas cuatro cuadras, pero en sentido contrario y siempre de noche, cuando llegaba, cuando iba a trabajar, cuando él, su mejor o su peor cliente, le había enviado un mensaje con la hora en la que quería que ella estuviera en su casa. Nunca tenía la delicadeza de llamarla por su nombre. El nombre de trabajo, porque el verdadero no lo sabía. Hasta hoy no lo sabía. Casi nadie sabe que se llama Sandra. El dueño del primer boliche le había dicho que era nombre de almacenera, que para ese trabajo necesitaba algo más sofisticado. A ella le gusta Sandra. Pero este cliente nunca lo iba a saber. Los golpes y los nombres no van de la mano. Sin dejar marcas era el acuerdo que él nunca cumplía. El viejo de mierda, en cambio, por lo menos tenía palabra. El cliente era capaz de romper cualquier código. Ella estaba acostumbrada a entregar casi todo, pero no se puede seguir viviendo si no fue posible mantener a salvo ni siquiera esa pequeña parte donde ella podía ser Sandra, la que comía vainillas, la que esperaba el llamado de su papá, la que sentía orgullo de sí

misma cuando pasaba la prueba de geografía, la que deseaba a aquel compañero de colegio. Esa noche el cliente había manoteado su cartera, la había dado vuelta y mientras sostenía frente a sus ojos el documento de ella, había pronunciado: Sandra. El sonido de su nombre en la boca de ese tipo le vuelve una y otra vez, y apoya fuerte los tacos como si cada paso pudiera perforarle la cara al decirlo. Ésta tuvo que haber sido la última, se dice, pero sabe que hay un solo modo de cumplirlo. Sabe que hay un sólo modo de seguir viviendo y ese modo ya no es posible. Esta tuvo que haber sido la última. Esta habrá sido la última vez con el cliente, con los otros, con el recuerdo del viejo, con los planes frustrados de tener una vida distinta. La fruta nunca cae lejos del árbol, decía su abuela y el árbol, aunque lo odie, había sido el viejo de mierda; y ella no era mejor que él. Se detestaba por eso. Iniciar otras pibas en el negocio y quedarse con una cometa le hacían sentir un poder que le duraba el rato que tardaba en guardar los billetes en la



cartera. Se acomoda el flequillo y le duele el ojo de sólo rozarlo. Cruza la mirada con una chica de uniforme de colegio que debe tener la misma edad que tenía ella cuando pasaba las tardes con el viejo de mierda. Baja los párpados. Le da vergüenza. A esa edad, el futuro suele ser una promesa donde la vida es la mejor opción. Habría preferido que la chica no la viera o no mirarla. Tal vez para no sentir que sigue siendo la mina que se dejó coger por el viejo de mierda. Haberse dejado, incluso haberlo disfrutado alguna vez es algo que nunca pudo decir. Sus amigas saben que una vez hubo un viejo que se aprovechaba de ella. Nunca pudo decirles que ella lo aceptaba. Está por cruzar la calle y no puede evitar mirar a un tipo que pasea a su perro. Se le ocurre que es de esa gente que se cree que sabe lo que está bien y lo que está mal. Y ella, que se siente mirada, se enoja. Le dan ganas de revolearle la mascota por la cabeza. Hacerle ver que las cosas no son tan simples como ponerse su campera de gamuza y bajar a su perrito a mear las veredas de Palermo, que los pies le duelen porque los tacos la tienen harta, que no sabe hacer otra cosa o no se anima o ya no puede, y tal vez es más simple seguir haciendo lo que ya sabe, que está cansada, que está caminando hacia las vías, que tal vez irse sea lo mejor que ella puede hacer, pero ella sabe que hay un único modo de irse y no volver. Recuerda al portero de la casa del viejo, con su franela inmundada, haciendo que lustraba el bronce del picaporte, mirándola de reojo. “Atorrantita”, susurró una vez. La misma palabra que usaba su papá para hablar de sus empleadas. Recuerda que no pudo decir nada, que le dio tanta vergüenza que ese día no pudo pasar por el supermercado. Cruza la calle enojada, más enojada que antes. Tal vez no encuentre la mirada que ella necesita. Camina la media cuadra que falta hasta las

escaleras del subte. Otra vez se le viene el viejo de mierda a la cabeza, el cliente que ni siquiera la mira cuando le paga, los padres, el portero, las cenas en silencio, la distancia con el mundo que ya no le promete nada. Llega a la escalera. Baja mirando sus zapatos. Le duelen los pies. Un hombre sentado, con la piel oscura y olor agrio, la mira y le dice: “¿Una monedita, linda?” Ella se detiene. Lo mira, mira hacia atrás y mete la mano en su minúscula cartera. Saca toda la plata que tiene y se la da. Vuelve a mirarlo a los ojos y sigue bajando las escaleras ●

---

**Natalia Zito (1977)**. Es psicoanalista egresada de la UBA, escritora en gestación (taller de Claudia Piñeiro y Casa de Letras, con Brindisi, Correa Luna y Bermani) y periodista cultural para Espectáculos de acá ([WWW.ESPECTACULOSDEACA.COM.AR](http://WWW.ESPECTACULOSDEACA.COM.AR)). Ganó el Primer Premio del “Concurso Microrelato” (Outsider, 2011) y fue finalista del “Concurso Boulevard Shopping 2009”. Publicó en *Lamujerdemivida*, y artículos sobre psicoanálisis en diversas revistas. No puede decidir si su libro favorito es *La vida en sordina*, de David Lodge, o *El mundo*, de Juan José Millás. Le gusta sentarse sola en los bares.

Su blog: [WWW.ESCRIBIROREVENTAR.BLOGSPOT.COM](http://WWW.ESCRIBIROREVENTAR.BLOGSPOT.COM)

---

⬆ Sobre “Nombre de almacenera” - **Patricia Suárez**

⬆ Comentario del Jurado sobre las obras premiadas

⬆ [Volver al índice](#)

---

# • LOS GALGOS •

AGUSTÍN MAYA

**Era una tarde anémica y sin brillo.** El frío, agudo y seco, me mantenía preso en mi propia casa, casi inmóvil. Las manos reunidas junto a la estufa y la mirada olvidada en los lengüetazos del fuego. Abandoné la quietud, tiré unos cuantos recortes de álamo y algunas cenizas encendidas cayeron al piso. Afuera y en medio de la escarcha que tapizaba el patio, el Miseria buscaba su lugar dentro de un cajón de manzanas. Color marrón claro, cuartos exiguos pero fibrosos y una cabeza tan alargada como huesuda. Llegó a mi casa una noche de verano –medio desnutrido y moribundo– a través de un primo de Chimpay. Él me había asegurado que el perro tenía sangre de campeón: su padre era un galgo con más de 20 carreras ganadas y su madre, una gran cazadora de liebres. Esa noche me fui a dormir con la ilusión de ganar la carrera del sábado para poder salir de Lamarque y evitar un nuevo encuentro con el

Gordo Levadura, hombre que se desempeñaba como cobrador de la timba clandestina. En el pueblo se sabe que en su primera visita, Levadura suele ser una persona amable y hasta educada, pero en la segunda aparece con una maza y te rompe una pierna o un brazo, dependiendo del tenor de la deuda. A la mañana siguiente me levanté con mejor aire y fui hasta la casa del Brujo. El pibe laburaba como largador y recorría los canódromos de Río Negro tratando de llevarse la mayor cantidad de guita posible, siempre y cuando, la actividad no implicara un gran esfuerzo. Mejor dicho, algún esfuerzo. Los ojos vidriosos, un cuerpo visiblemente curvo y el pelo rubio y ralo. Estos atributos le daban el aspecto de un muchacho que temporalmente habita el cuerpo de un anciano.



RECURSO DE  
SONIDO



-¿Qué haces Brujito? ¿Vamos a varear al Miseria? le dije.  
- ¿No es muy temprano? me contestó mientras se desperezaba.  
-Dale Brujo, metete. Trae el carro y vamos al Club -le contesté. Me miró con cierto desgano, dio media vuelta, se vistió y fue hasta el patio a buscar el carro que sacó por el costado de la casa. Volvió a entrar, agarró una campera y a la pasada manoteó un pedazo de pan que estaba sobre la mesa. Mientras tanto y detrás de la improvisada cerca de cantoneras, el Miseria sacudía el cuerpo en un solo movimiento ondulatorio. En la vereda, el Brujo enganchó el carro a su bicicleta y bajo la helada partimos sin decir una palabra hasta el viejo Club Hípico que se esconde al costado del cementerio. En el trayecto, sólo un perro se animó a torear al Miseria que -a pesar de la insistencia del cuzco- se mantuvo imperturbable y a mi lado. La niebla, el silencio y la ausencia del sol, le daban a las calles desiertas del pueblo, un aire nocturno y fantasmal.

Al llegar a la pista noté cierta intranquilidad en el andar del Brujo que se movía con gestos ajenos. Igualmente seguí preparando el carro y ajustando la cadena y el trapo. Mientras, él se entretenía tirando piedras a los pájaros entre los tamariscos y el Miseria lo acompañaba con algunos movimientos de búsqueda bastante graciosos. Hicimos varias pasadas y los tiempos del animal no fueron alentadores. Después de repararlos, el Brujo mostró su fastidio con una escupida. Después de un largo silencio decidí indagarlo.

-¿Qué te pasa, Brujo?

-Nada -me dijo y casi inmediatamente volví a preguntarle.

-Mirá Julio, no es nada contra vos pero te quería decir que el sábado no voy a poder largar al Miseria. La frase rebotó entre las alamedas que rodean la pista y -por un instante- continuó flotando en el aire. Ante mi mirada borrosa, el Brujo entendió que debía continuar y agregó: -Me vino a ver el viejo Sequeira para que le largue al Capitán y bueno, Julio, mi vieja está muy jodida...

-Y eso qué tiene que ver -le dije sin entender.

-Mi vieja necesita guita para hacerse un tratamiento y la verdad es que con este perro de mierda ganamos disgustos nomás -replicó.

-Pará, Brujo, si el perro todavía no ganó es porque acá lo largaste tarde, en Beltrán andaba con un dolor en la pata y en Pomona, la Homa lo chocó en la largada -le contesté, lejos de reconocer cierta verdad en lo que decía.

-Lo único que te digo es que el perro de Sequeira está con todo el tuco. Me dijo que si ganaba me iba a pagar el doble, así que con la guita que saque, le pago el tratamiento a la vieja -me dijo.

Entendí que algo debía hacer. El Miseria ya lo conocía, se sentía cómodo con él y no podía quedarme sin lanzador a dos días de la carrera, más teniendo al Gordo Levadura acechándome.

-Qué macana lo de tu vieja, che. ¿Está jodida pobrecita? -le pregunté.

El Brujo me contestó que sí con su cabeza y agregó:

- Si no se trata en el Valle se muere.

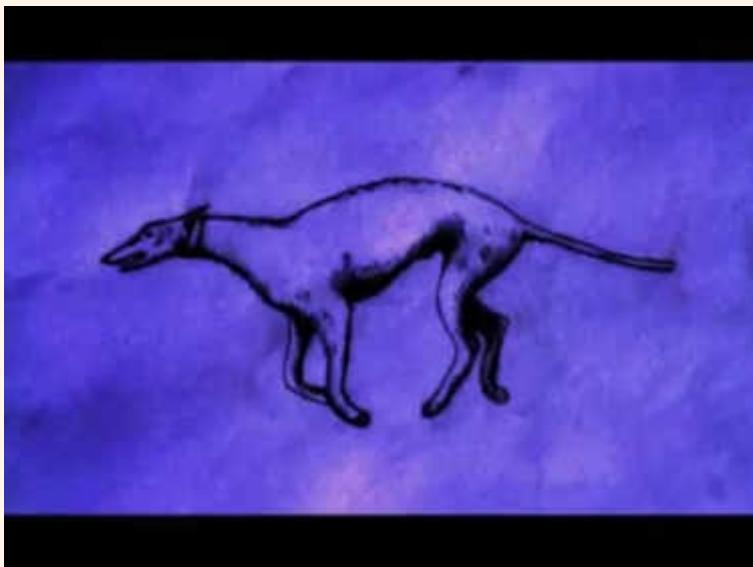
-Te entiendo, hagamos así -le dije mientras lo tomaba del hombro-: vos andá hasta lo de Sequeira y decile que no vas a largar a ese perro piojoso porque estás conmigo. Yo me voy a buscar una pichicata para el Miseria y quedate tranquilo que te voy a dar toda la guita de la carrera para que tu vieja se haga el tratamiento. ¡Vamos Miseria nomás! -exclamé con vehemencia.

Pensé un instante en la calidad de mi actuación. Debí ser bastante convincente porque al Brujo le brillaron los ojos e inmediatamente se subió a la bicicleta y luego pedaleó hasta perderse en el final del camino. Me

senté al borde de la acequia y jugué un largo rato con el perro. Al otro día fui hasta la veterinaria y conseguí con esfuerzo que me fiaran un producto importado que –según él dueño– nadie tenía en la zona y era capaz de hacer correr al galope a un anciano.

El día de la carrera, tanto el Miseria como el Brujo se mostraban excitados, a pesar de que sólo el perro estaba drogado. En el fondo del patio, el Brujo iba y venía pidiendo en tono de súplica, por una victoria del Miseria. Cerca del Brujo, el Miseria me miraba con ojos desorbitados y no paraba de rascarse. La oreja, el cuello, la trompa y otra vez la oreja. En ese momento sentí la terrible sensación de que el perro era mi única esperanza y a la vez, nuestro único lazo. Esa mañana soleada y fría, salimos en bicicleta hacia el canódromo y unas cuadras antes de llegar, nos cruzamos con Sequeira. El viejo –que llevaba al perro en la caja de su camioneta– nos saludó bajando la cabeza primero y levantando la mano después. En el gesto dejó entrever un aire triunfal mal disimulado. Pasaron las dos primeras carreras y llegó el turno del Miseria. Ante el anuncio, lo mandé al Brujo a las gateras y yo me perdí entre la gente para ir a buscar unas empanadas y un vaso de vino. Cerca del bufet saludé a un par de conocidos y hablé un instante sobre las apuestas. Después me acomodé sobre el alambrado y a unos 10 metros de la llegada.

Desde ahí podía ver y sentir el impulso ansioso del perro. Llegó la orden y en la largada el Miseria logró acomodarse en el primer pelotón, a medida que los perros fueron ganando metros, poco a poco la silueta del animal se fue ubicando en la delantera. Su cuerpo se alargaba y se comprimía luego, para volver a tomar impulso. Laxo, grácil y perfecto. En el fondo y algo tapado por la polvareda, pude ver al Brujo saltando y agitando los brazos. El Miseria cruzó la meta y yo sentí un enorme placer.



Al otro lado de la pista, en medio de los ladridos y las felicitaciones del gentío, pude adivinar la mirada fría del Levadura. Ese mismo día, luego de cobrar y sacarnos la foto junto al Miseria y un montón de amigos ocasionales, nos fuimos hasta mi casa para emborracharnos y hablar durante horas sobre el animal. Todo, sin sacarle los ojos de encima. A eso de las nueve de la noche me derrumbé sobre la mesa y quedé totalmente dormido. Un rato después, me desperté con un fuerte dolor en el cuello y cuando fui a la pieza para acostarme, encontré el esmirriado cuerpo del Brujo sobre la cama. Lo desperté y aproveché para decirle que pasara mañana a la tarde a buscar la plata. Varias veces me agradeció la generosidad y se fue en medio de la noche tratando de disimular la borrachera ante la mirada de los vecinos.

A la mañana siguiente me levanté temprano para irme del pueblo. El frío había mermado y eso me agradó. Puse la pava, me vestí y prendí la radio. Luego busqué el sobre con la plata en el bolsillo de la campera, pero solo encontré dos cigarrillos rotos. Revisé el pantalón, en los cajones de la casa, en el piso y nada. Comencé a desesperarme e imaginé la maza del Gordo Levadura. Quedé inmóvil durante unos segundos, hasta que logré abandonar ese estado abruptamente y salí en bicicleta hasta la casa del Brujo. El Miseria atinó a seguirme pero lo frené con un grito y el animal agachó la cabeza y se metió de nuevo en el patio. Cuando llegué a la casa del Brujo, golpeé las manos y fue su madre la que me atendió. Para corroborar mis sospechas, le pregunté cómo andaba de salud y ella me contó con una larga perorata sobre una operación de apéndice de hace 26 años atrás pero que gracias a Dios, jamás había tenido que volver al Hospital. Cuando terminó el tortuoso relato, ella tocó madera y yo le pregunté por su hijo.

– ¿El Brujo? Se fue al Valle en el colectivo de las 6. Pueda ser que allá consiga trabajo. Nomás me dijo que se quería ir de este pueblo, agarró dos o tres pilchas y se mandó a mudar. Ante mi rostro inerte, la mujer siguió hablando sobre las posibilidades que el Brujo iba a tener en los galpones del Valle pero yo di media vuelta y abandoné la casa sin saludarla.

Salí en bicicleta envuelto en una espesa nebulosa. Al llegar a mi casa, entré por el patio de atrás, apoyé la bicicleta sobre la pared y por debajo de la ropa tendida, pude distinguir el cuerpo del Miseria tirado en medio de un charco de sangre ●

---

**Agustín Juan Maya** (Choele Choel, Río Negro). Es Comunicador Social egresado de la Universidad Nacional del Comahue y artista plástico por defecto. Desde 2003 trabajó como periodista en General Roca (R.N) y formó parte de la revista humorística *Chochán* y las culturales *Leche y Mono*. En esta última se desempeñó como guionista y dibujante de la historieta “Emilio, el besugo pluralista”. Además es autor de varios relatos breves inéditos y otros tantos inconclusos. Su libro favorito es *Los asesinos de los días de fiesta*, de Marco Denevi. Actualmente vive en Buenos Aires y escribe en el basto y convulsionado océano de la web. Sus blogs son: [AGUSTINMAYA.BLOGSPOT.COM.AR](http://AGUSTINMAYA.BLOGSPOT.COM.AR) y [CHEMOLUSCO.BLOGSPOT.COM.AR](http://CHEMOLUSCO.BLOGSPOT.COM.AR)



[Comentario del Jurado sobre las obras premiadas](#)



[Volver al índice](#)

---

# • ARDE •

BERENJENAL

## DIVERSIDAD



## DE RECURSOS

**El departamento en donde se había criado Z:** décimo piso, Colegiales. La hermana de veintiuno pasaba el fin de semana en casa de su amante. Los padres habían viajado a San Bernardo. La noche recién empezaba y una llovizna casi imperceptible caía sobre la calle Conde. El ruido de los golpes metálicos, el cacerolazo, había sido fuerte, había terminado. J lo había llamado desde el celular de una amiga. Me quedé sin baterías, dijo con música electrónica de fondo. Vamos a ir a una fiesta en Martínez. Chicas only, sorry. Z se rascó la cabeza. Igual no tenía ganas de salir, contestó. Te llamo cuando termine y trato de ir a dormir, no te prometo nada. Todo bien, dijo él. Se quedó en silencio un segundo y trató de poner en palabras una idea muy precisa. Tratá de llamarme o mandame un mensaje así sé qué hacés. Así me organizo.

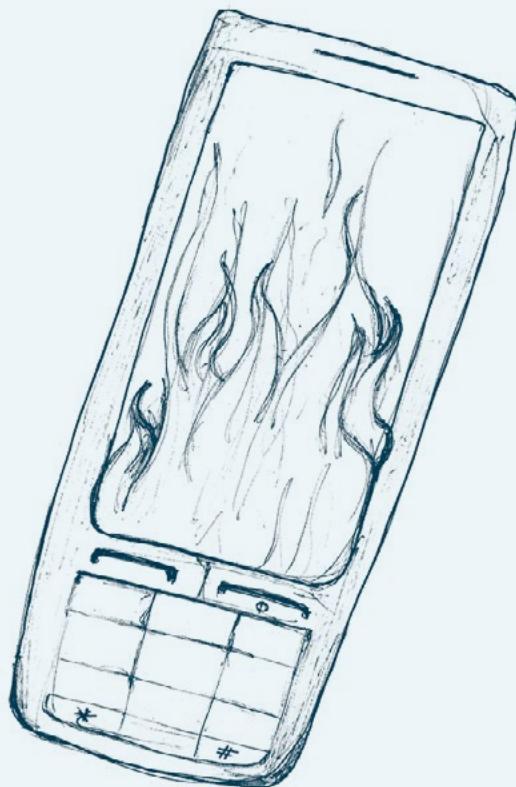
Al colgar el teléfono bajó la mirada y estudió la remera de Boca que su madre le había comprado en Once. Miró más abajo y sintió orgullo por su desnudez; los pelos en las piernas.

Z pensó que ya no iba a pensar en J.

El empapelado amarillo, oscuro, estaba cruzado en la cocina por una guarda de flores rosa pálido, gastada. Allí se podían ver las marcas de uno de los primeros vómitos de Z, antes de cumplir un año, y el dibujo de su hermana, a los cinco, con marcadores indelebles. Las notas de su madre estaban pegadas a casi todo lo que pudiera necesitar. “No dejes abierta la puerta” en la heladera; “Comé fruta”, en la mesada; “Desenchufar antes de dormir”, en el microondas; “No te comas todos juntos”, sobre una caja grande de bombones. Los platos sucios se acumularon por decenas sólo en las primeras horas.

Esa tarde, Z estuvo diez minutos sentado en el balcón con el gato, tratando de espiar a los vecinos. Ni él ni el gato toleraron el humo insoportable. Pasó cinco horas durmiendo y veinticinco minutos al teléfono. El resto del tiempo, acostado frente al televisor.

Abrió la heladera y pensó que no tenía tanta hambre como para cocinar, aún. Cruzó el pasillo que separaba el living de su cuarto cuando vio cómo el espejo reflejaba su cuerpo. Sacó la lengua tomándose los genitales y sonrió, vanidoso. Pensó que nadie podría notar los días que habían pasado desde su último baño. Entró en el cuarto y prendió el monitor; el reloj de la computadora marcaba 21:30, pero su madre lo usaba adelantado diez minutos. En la pantalla había una nota: “No te quedes hasta tarde”. Pensó que la mejor manera de dejar clara su percepción tan instantánea de la realidad



y de J y de él mismo sería por escrito.

No me molestaría ser escritor, pensó.

“Queridísima:

Nos metimos en una relación de las que duelen.

Nada más que eso.

Yo.”

Leyó la nota cinco veces y se sintió muy satisfecho. Acto seguido, eliminó el archivo, cerró la puerta con el gato del otro lado y se conectó.

En los siguientes cuarenta minutos se masturbó dos veces.

De vuelta en la cocina, llenó una cacerola con agua caliente de la canilla, la puso sobre la hornalla y empezó a buscar una caja de ravioles en el freezer.

El ritual era su favorito, estudiado hasta el último detalle, practicado con solemnidad religiosa. Su colección digital de revistas era el precalentamiento. Disfrutaba especialmente de las ostentosas producciones de *Playboy*. Después de repasar un par de volúmenes y siempre que tuviera el tiempo necesario, pasaba a la segunda etapa: fotos de chicas desconocidas. Dedicaba varios minutos a revisar las actualizaciones disponibles en sus sitios de referencia. Recién después de esto pasaba a los videos. Despreciaba aquellos protagonizados exclusivamente por mujeres, prefería los clásicos ejemplos de sexo heterosexual, con especial interés sobre el material amateur. **Los especiales Z** pensó en el zoológico un domingo por la tarde, en vacaciones de invierno, y tuvo arcadas. Volcó la pasta en la olla de agua hirviendo y puso una mezcla de crema, sal y queso rallado a calentar en el microondas. En el marco de la puerta del living se podían ver todavía, en rojo y negro, las marcas de estatura de los dos. Su hermana mantenía la misma altura que tenía

a los doce. Cuando todo estuvo listo, sirvió una porción abundante en un cuenco y se sentó a la mesa. Alcanzó un anotador que estaba junto al teléfono e intentó escribir.

“Mía:”

Cerca de estar satisfecho con la cena pero incapacitado para sumar una sílaba sobre el papel, empezó a dibujar. Cuando tenía unos diez años había encontrado la colección de su padre de historietas de Milo Manara. Las encontró bajo su cama y las leyó todos los domingos durante alrededor de seis meses. Un día no las encontró y por más que buscó en toda la casa no las volvió a ver. Se encontró dibujando a J, con las piernas abiertas y un dedo en la boca. La dibujó en un campo, la tapó de humo. Sintió que podría dibujar como Manara si lo quisiese.

Z tiró lo que había usado sobre la pila de platos sucios y se desvistió sin salir de la cocina. Entró al baño en compañía de su dibujo y se dio una ducha de agua muy caliente.

Envuelto en un toallón celeste, muy grande, volvió a la cocina y sacó una de las latas de cerveza que su padre guardaba para los invitados ocasionales. Z pensó que necesitaba un cigarrillo, que debía empezar a fumar esa misma noche. Que le quedaría bien. No me molestaría ser un artista, pensó. Cuando estaba en el ascensor, camino al kiosco de la esquina, recibió un mensaje de texto.

“Te amo,

Te extraño mucho.

Muero por saltar en tu cama.”

Cuando terminó de leerlo, puso el teléfono en silencio. Creía que de esa manera no sonaría cuando se acercara a algún posible ladrón. Z había perdido dos teléfonos en un año, a manos de ladrones evidentemente menores que él. Cuando llegó al kiosco le sonrió a la chica, una diminuta

rubia hija de rusos, adolescente como él. Le pidió un Marlboro Box, dos cajas de preservativos y un gel lubricante. Comentaron el problema del humo y **Z** dijo algo sobre el campo y la abundancia, algo que había escuchado en la radio y le pareció genial.

Caminó la media cuadra de vuelta al edificio con la capucha puesta y mirando varias veces sobre sus hombros. Lloviznaba y en las calles se habían empezado a formar diminutos cursos de agua. Entró y cerró la puerta pesada con un golpe, sin mirar atrás. Cuando estuvo de vuelta en la cocina, apagó todas las luces menos un pequeño velador que estaba sobre la mesa. Se volvió a desnudar y se envolvió con la toalla húmeda que había quedado sobre una silla. Buscó la caja de fósforos, se sentó y acomodó los pies sobre una banqueta. Encendió un cigarrillo y mantuvo el humo en sus pulmones durante varios segundos. Cerró los ojos y prendió la radio buscando una estación de jazz, o blues. Pensó que algo le faltaba en la escena. Pensó que no envidiaba nada a sus padres, que si fuese por él, nunca visitaría el tiempo compartido que habían comprado en la costa.

En la radio había un noticiero. **Z** no podía mantener la concentración más que unos segundos. Pensó que tenía claro quiénes eran los malos, y qué iba a hacer si todo salía mal. Pensó que todo iba a salir bien.

Pensó que necesitaba nuevos amigos, alguno que le ofreciera marihuana. Sobre la mesa habían quedado el anotador y la lapicera verde que su madre usaba para corregir exámenes. La hojeó y encontró varias listas de compras, nada más. Intentó escribir una nota para **J**. Planeó invitarla a su cama, disfrutar de su cuerpo con cierta objetividad y dormir a su lado. A la mañana siguiente le escondería la nota en su cartera o en un bolsillo del abrigo.

Encontró una radio de música clásica y la dejó hasta que se empezó a consumir el filtro del cigarrillo, que usó para encender el segundo.

Pensó en la playa ventosa, en el frío de San Bernardo. No pudo evitar imaginarse a sus padres teniendo sexo, en una habitación con vista al mar, con la estufa al máximo. En un intento casi desesperado por no quedarse con esa imagen en la cabeza toda la noche la convirtió en una fantasía orgiástica. Incluía a su hermana, a **J**, a la hermana menor de **J** y algunas compañeras del colegio.

Con trazos lentos y cierta dificultad empezó a dibujar un cuerpo masculino. Un gordo con el pene gigante, erecto. Lo sombreó para indicar que el personaje era negro, pese a lo verde de la lapicera. El maullido del gato le recordó que debía alimentarlo. Le llenó el plato de alimento bajo en calorías. Nuevamente encorvado sobre el papel, lapicera en mano, intentó dibujar la cara de una niña. Oriental. Pasó a la siguiente página y escribió:

“Ninguna relación es de las que duelen.

Esto es lo que las dos personas involucradas construyen.

Si construís algo que duele, bancatelá.

Hacete cargo de tu responsabilidad.”

Arrancó la hoja y la leyó varias veces, hasta que las palabras perdieron sentido, individual y colectivo. La hizo un bollo y la tiró a la basura. Se dispuso a dibujar el contorno de dos pechos perfectos, grandes. Apoyó la lapicera sobre la mesa y tomó dos bombones, uno de chocolate amargo y el otro relleno de licor. Después prendió otro cigarrillo y se recostó sobre el respaldo de la silla.

Un nuevo mensaje de texto interrumpió el silencio que separaba a **Z** del papel como una pared. Otra vez **J**:

“Me voy a quedar un rato más.

Duermo en lo de Luli.

Acá a cinco cuadras.”

**Z** volvió a su cuarto y tiró la toalla húmeda a los pies de la cama. Se cubrió con el acolchado y se acomodó en posición fetal. El televisor había estado toda la noche encendido pero silencioso. Afuera todavía llovía un poco. Puso un canal de cine donde sabía que daban películas-eróticas-no-pornográficas toda la noche. Se interesó por una historia donde se imitaba a “Los Expedientes Secretos X”. Un virus extraterrestre obligaba a los científicos que lo analizaban a tener irrefrenables deseos sexuales. No me molestaría ser actor porno, pensó. **Hardcore**.

Entre la humedad de la lluvia que había terminado, y el **humo** volvió a salir el sol ●

---

Seudónimo: **Berenjenal** (1983). Es hincha de Boca, riquelmeano, peronista, nostálgico de la Unión Soviética, dead head, procrastinador empedernido y geólogo, en ese orden. Aprendió lo que sabe en materia de literatura de la mano de José María Brindisi. Fue co-compilerador y co-autor del libro *Kirchnerismo para armar* y una o dos novelas y colecciones de relatos inéditos. Tiene un blog en el que la literatura ejerce su presión de manera tangencial sobre la cultura pop, la melancolía y el kirchnerismo viral: [WWW.BERENJENALES.COM.AR](http://WWW.BERENJENALES.COM.AR). Su libro favorito es *¿Quieres hacer el favor de callarte, por favor?*, de Raymond Carver.



*Comentario del Jurado sobre las obras premiadas*



*Volver al índice*

---

# • EL POZO •

FERNANDO MARTÍN CHULAK

Capaz que ya no quedan palomas, dice Tito, y el Oreja primero le dice mirá si serás boludo, y después, con la lengua afuera, repite: capaz que ya no quedan palomas. Por decirlo así apenas se le entiende, pero Tito entiende por qué lo hace. Mira fijo al Oreja. Traga saliva: para eso debe cerrar la boca y hacer fuerza con la garganta. La lengua, demasiado larga y demasiado gruesa para su boca, lo obliga a tragar así. Mira fijo al Oreja: lo mira para no tener que hablar.

El Oreja señala las zapatillas de Tito y dice: cordones rojos, ¿sabes lo que se dice de las palomas y los cordones rojos? Tito no sabe. Que si les atas un cordón rojo en la pata, el resto de la bandada después la mata a picotazos. Tito no sabe si creer. Igual siente que debería desatarse las zapatillas, darle los cordones al Oreja: **aportar su granito de arena**. Porque el Oreja trajo la escopeta. El Oreja fue el que propuso salir a cazar. El Oreja es el que sabe tirar, él no. Y fue el Oreja el que trajo también la pala, aunque sea él quien cava el pozo.

Más grande, dice el Oreja. Tito ensancha los bordes del pozo, pero le cuesta imaginar que vayan a cazar tantas. Casi un metro ochenta de largo es

demasiado, aunque sea toda una **bandada**. El Oreja dice: sos bueno con la pala, ¿dónde aprendiste a cavar? A Tito le gustaría decir gracias, porque el Oreja no es fácil para el elogio, y decirle que en realidad cualquiera puede cavar, pero igual gracias. No le va a decir nada: el Oreja lo único que quiere es escucharlo hablar, sentir esa lengua larga y gorda atascada entre las sílabas para después imitarlo. Tito sonrío, y que el Oreja se quede con eso como todo gracias.

Mira satisfecho su pozo. Lleva toda la mañana trabajando en él. Da dos paladas, después al fin habla, y es para decir: empiezo mañana. Así que el Oreja se olvida de lo que pensaba hacer y pregunta: ¿Ya te hablaron de guita? ¿Y vos sabes de autos? ¿Cómo vas a hacer? Tito piensa decirle que, si quiere, puede preguntar si hay trabajo también para él, pero no sabe cómo lo va a tomar. Porque el Oreja busca y no encuentra. Y le gustan los autos. Una vez trabajó en una estación de servicio. Después la estación de servicio cerró. Quedaba en la ruta, alrededor no había nada, sólo camino. Tito lo acompañaba. El Oreja le había pedido que no hable con los clientes. Entonces Tito se sentaba y veía ir y venir los autos.

Cuando eran chicos, el tío Enrique tenía un Renault 4 en el que pasaba a buscarlos. Antes de salir, Enrique levantaba el capot. El Oreja se quedaba en el asiento de atrás, sólo se movía cuando le pedían que acelerase, el capot abierto, la cara del

tío hundida en el motor. Tito no aceleraba ni tocaba nada; no era prudente que lo dejaran hacer. Pero miraba atento las manos de Enrique sobre las piezas de metal. Miraba el brillo del metal. Las manos se movían, y él miraba **fascinado**, la boca entreabierta, la lengua sobre el labio.

El de Ávalos es el único taller mecánico del pueblo. Es una suerte que Don Ávalos haya decidido jubilarse. Es una suerte que Ávalos, su hijo, haya elegido a Tito para el trabajo. No hablamos de guita, dice Tito y entonces el Oreja responde: por eso te eligió. Tito hunde la pala y ahí la deja, cargada de tierra, a la espera. Hablamos de otras cosas, dice Tito, y pasa a contarle de los mates abajo en la fosa, un auto en vez de cielo, lluvia de aceite, piezas de metal. Hablamos del Renault 4, dice Tito. Hablamos del tío Enrique. Y a veces, mientras Ávalos hunde la cara en el capot y trabaja, yo hablo y él escucha, dice Tito.

Los cordones, dame los cordones, dice el Oreja. Ninguna paloma cruza el cielo. O al menos desde lo hon-

do del pozo, Tito no las ve. Si pasa alguna, primero habría que cazarla, cazarla viva, atarle el cordón y dejarla volar. Pero no hay ninguna. Piensa: el Oreja debe tener algún plan. Siempre tiene. Capaz que los cordones rojos atraen palomas. Se desata las zapatillas, entrega los cordones y se queda mirando a su hermano, la tierra alrededor

suyo, el cielo sin palomas detrás del Oreja, que se mira en las manos los **dos hilitos rojos**. Hay gusanos, dice Tito. Y después: no me gustan los gusanos. El Oreja le dice no te preocupes, no hacen nada: comen tierra, no personas. Se acerca a ver cómo está. Porque Tito muchas veces llora. Esta vez no, o todavía no. Y cuando se acerca, su zapatilla empuja tierra, que cae sobre la cabeza de Tito y un poco sobre los ojos. Tito se los refriega y el Oreja dice no pasa nada, es tierra nada más.

Desde el pozo, el Oreja se ve gigante. Parece estatua de plaza. Tito piensa en un caballo. Una vez el Oreja le explicó que, en los monumentos, cuando los caballos tienen las dos patas en el aire es porque el jinete murió en batalla; que cuando tiene una en el aire y una apoyada, sólo fue herido; y que cuando tiene las dos en el suelo, murió de viejo, o de otra cosa. Tito le dice al Oreja que menos mal que tiene las dos patas en el suelo.

El Oreja se acerca y hace que, para Tito, vuelva a llover tierra. Le pasa la mano por la cabeza, se la sacude. Cuando eran chicos, hacían lo mismo en la ducha. Los mandaban a bañarse juntos. El Oreja debía ayudarlo a enjuagarse los restos de champú. Ahora a Tito todavía le quedan restos de tierra en el pelo. El Oreja le dice que ya está, así está bien.

¿Querés cavar vos?, pregunta Tito y el Oreja dice que después, que en cualquier momento aparece una paloma, que no puede. Apunta la escopeta al cielo, a ninguna paloma, a ninguna nube. Imita el sonido del disparo. Con la mirada persigue la caída de una paloma que nunca estuvo. Tito pregun-

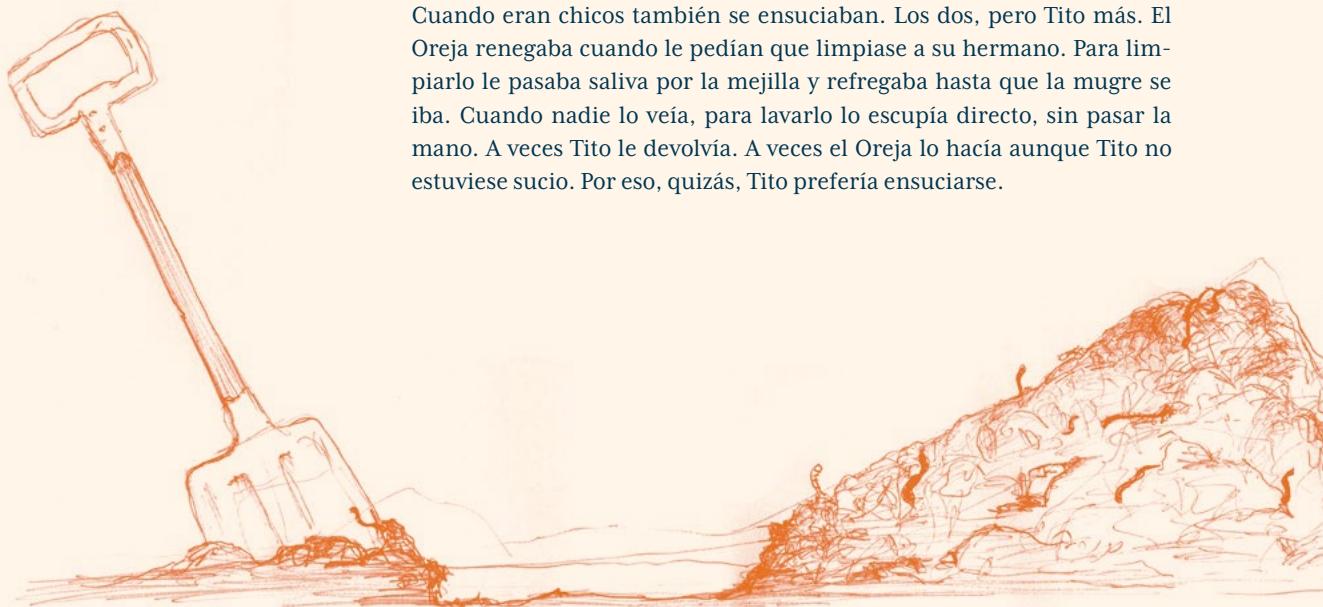
ta: cuando caigan, ¿podemos dejar una sin enterrar, así **le mostramos a todos lo que cazamos?** Ya vamos a ver.

Es mediodía, el sol quema. No trajeron agua, ahora los dos se arrepienten. Al menos, dentro del pozo hay algo de sombra. Tito invita al Oreja a bajar, no hace falta que cave, es para que no le dé el sol. No, gracias. Tito mete la mano en el bolsillo, saca un billete y dice: después te invito una cerveza fría. El Oreja pregunta de dónde sacó esa plata y Tito responde que Ávalos se la dio, que fue un adelanto. Y que no se preocupe, no se la robó: Ávalos es mi amigo, si hasta le dije que íbamos a cazar y él prometió venir.

Ah, dice el Oreja. Y es todo lo que dice. Después camina. Va de un lado a otro. Apoya la escopeta en su hombro, apunta al frente, la baja. Desde el pozo, Tito sólo lo ve aparecer y desaparecer. Se da cuenta si se acerca por la sombra que cae sobre él. El Oreja mira los cordones rojos en su mano. Ata uno al gatillo de la escopeta. El otro lo deja caer. Tito dice que hay que sacar tierra, que él cava, pero no sirve si no sacan la tierra. El Oreja le dice que ahora lo ayuda, que le dé unos minutos para pensar. Después le dice que lo ensanche más, que van a necesitar más espacio: el doble de espacio. Tito ve el cordón rojo tirado en el suelo y entiende todo: su hermano tiene un plan.

Ahora cava con más fuerza. La tierra se hace polvo y vuela a su alrededor. Tiene tierra en el pelo. Si hubieran traído agua podría enjuagarse. Ya no piensa en la sed: los espera una cerveza fría. Ojalá el Oreja no tenga problemas en compartirla con Ávalos. Es un buen tipo Ávalos. A Tito no le molesta que siempre tenga la cara y la ropa llena de grasa. Pronto él también lo va a tener. Ojalá al Oreja no le moleste.

Cuando eran chicos también se ensuciaban. Los dos, pero Tito más. El Oreja renegaba cuando le pedían que limpiase a su hermano. Para limpiarlo le pasaba saliva por la mejilla y fregaba hasta que la mugre se iba. Cuando nadie lo veía, para lavarlo lo escupía directo, sin pasar la mano. A veces Tito le devolvía. A veces el Oreja lo hacía aunque Tito no estuviese sucio. Por eso, quizás, Tito prefería ensuciarse.



Ahí llega, dice el Oreja. A lo lejos Ávalos saluda con la mano. Aunque Tito no lo ve, cava con más fuerza y más rápido. Quiere que Ávalos vea lo duro que puede trabajar. El Oreja le dijo que agrandara el pozo, al doble. Y para eso le falta. Es largo, pero no es demasiado ancho. El Oreja dijo que era mejor hacerlo rectangular. Quizás porque así es más fácil dar paladas sin chocar contra los bordes. Apenas si los roza con los hombros. Cuando lo ensanche va a sobrarle lugar.

Ávalos pregunta qué hace. Desde abajo, Tito explica que cava un pozo, que van a enterrar palomas. El Oreja alza los hombros y con un gesto apunta a Tito. Después, por lo bajo, dice: ideas de Tito, prefiero no discutir. Ahora los tres miran al cielo. Hay nubes, pero todavía no hay palomas. Ávalos le pregunta a Tito si el pozo no es demasiado grande y Tito dice que no, que está bien así porque tienen un plan, y señala la escopeta, o el cordón rojo en la escopeta.

Otra vez Tito ve ir y venir la sombra. Todavía escucha cerca la voz de Ávalos, que pregunta cosas, así que esa sombra debe ser la de su hermano. Tito dice que después van a ir a tomar una cerveza, que si a Ávalos también le gusta la cerveza puede acompañarlos. Si no, mañana en la fosa van a tomar mate. Y que no se preocupe: por esta vez invita él.

La sombra está lejos y Ávalos le habla a la sombra: para palomas esa escopeta es demasiado grande, por qué mejor no tiran con perdigones. Tito no escucha la explicación. Pero la hay. Algo dice el Oreja que él, desde ahí, no alcanza a escuchar. Así que quiere subir. El también quiere hablar. Tira la pala hacia arriba. Dice: ahora que cave otro, yo ya no quiero más. Y pide que le den una mano, porque solo no puede subir.

Ya no ve a Ávalos ni la sombra del Oreja. Ve gusanos. No le gustan los gusanos. Son muchos y están cerca. Lo rodean. Pide que lo saquen rápido. Sáquenme. Pareciera que no lo escuchan. Y él si los escucha. No entiende lo que dicen pero los escucha. Parecen discutir. Debe ser sobre palomas. Por favor saquenme. Están lejos y no entiende lo que dicen. Hablan con ruidos, como con la boca llena de lengua. Hasta que alguien grita. Y hay un golpe: ruido de metal. Cae la pala. Cae un cuerpo. Sáquenme. Y ve caer al pozo el cordón rojo, pero no hay palomas ●

---

**Fernando Martín Chulak** (1980). Trabaja como periodista. Publicó relatos en *La ficción es puro cuento* (El Aleph), en *Antes del fin del mundo* y *El puente secreto* (Ediciones de la Universidad Nacional de Lanús), en tres compilaciones de Editorial Clásica y Moderna, en *Exquisito cadáver: La muerte* (Ars et Design), y en el Suplemento Cultura del diario *Perfil*. Obtuvo menciones en el concurso literario “La cultura del trabajo 2007” y el Premio Itaú 2011. Entre sus libros favoritos están *La revolución es un sueño eterno*, de Rivera; *De dioses, hombrecitos y policías*, de Costantini; y *La conjura de los necios*, de Toole. Su Twitter: [@FERNANDOCHULAK](https://twitter.com/FERNANDOCHULAK)



[Comentario del Jurado sobre las obras premiadas](#)



[Volver al índice](#)

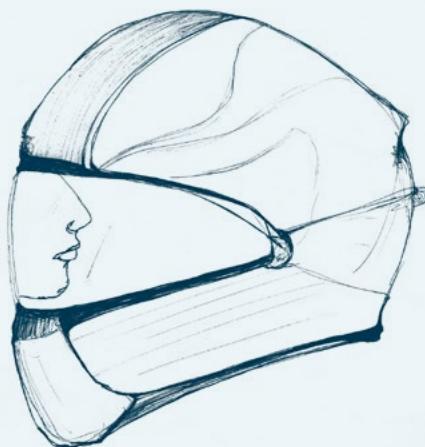
# • EL CASCO •

LUIS MEY

**Creíamos que era el barrio con más homosexuales del mundo porque había dos en la misma cuadra.**

Resultó ser que había muchos más, y algunos más cercanos de lo que suponíamos. Y otros en plena educación sentimental. También creíamos que había muchas más familias felices de lo que nuestra realidad nos permitía ver. Aprendimos a decir ataúd en vez de “ataúl” en cuanto empezaron a morir los viejos y los jóvenes, o sea, antes de los diez. En el colegio, alguno de otro barrio todavía decía “ataúl” porque, claro estaba, era de otro barrio. Pusimos cruces que se hicieron efectivas: el tonto terminó tonto porque le dijeron que ése era su destino. El pobre se quedó pobre porque sentía, en el fondo, que quedándose allí le hacía bien a las personas que lo señalaban como tal. En fin, así todos.

Todos menos, claro, Piquito.



Piquito perdió, mucho antes y mucho después, su nombre original. Las versiones de su apodo habían cambiado tantas veces que, mientras más nos olvidábamos de su nombre, menos nos importaba si le

habíamos puesto Piquito por su cara de labios enfurecidos –y, cuándo no, serios– o si hacíamos caso a la versión de los mellizos Cárcamo respecto de su placer por besar la tierra cada vez que salía de su casa y deseaba amar el mundo a su manera. Los jugadores de primera también lo hacían.

Igual, la versión más fiel es la de Tincho, el colorado. Decía que la madre siempre estaba esperándolo en la puerta de la escuela y, en cuanto salía, le daba un beso en la boca. A todos les repugnaba. Incluso cuando falleció la madre, siguieron diciéndole Piquito. Y así quedó. Si un apodo relativo a la muerte de alguien sobrevive, de algún modo sobrevive aquella persona que se fue, supongo.

Piquito, igual, se las arreglaba para andar por la vida sin que nadie se atreviera a dirigirle la palabra. Un día, antes del mundial noventa, encontró o le regalaron o sacó de algún lado unas llamativas boleadoras de gaucho. Y andaba por el barrio, solo, revoleándolas por sobre su cabeza mientras chupaba los chupetines que tenía en la boca todo el día. Lo hacía como ausente. Caminaba como quien camina, pero revoleando las boleadoras. En ojotas y pantalones cortos; con su guardapolvo de colegio; el mismo día de su comunión vestido de traje negro y camisa blanca y el pelo mojado con agua y peinado hacia un costado. Todo el tiempo: boleadoras y chupetines.

El día en que cumplió diez años, la tía nos tocó el timbre a todos los pibes del barrio para que fuéramos. Y fuimos. Había cosas: papas, chizitos, Coca, sándwiches de miga. Cosas de cumpleaños. Y globos. Piquito estuvo sentado todo el tiempo con un globo en la mano y con un casco de corredor de carreras puesto. No se lo sacó en ningún momento. Le quedaba gigante. Parecía, en su cabeza, un casco de astronauta. El globo caía en el piso. Los hombros le desaparecían en la enormidad de su cabeza con cas-

co. El padre le sugería, sin mucho ánimo, quitárselo. Piquito sacudía la cabeza y tambaleaba.

Dos meses después, durante todo el verano, siguió con el casco. Habíamos olvidado la cara de Piquito. Una noche no pude dormir pensando en que, tal vez, con treinta y pico de grados de calor, Piquito dormía con el casco puesto. No quería imaginar la clase de piojos que podían crecer dentro. Ni los huevos de moscas que habían encontrado La Meca. La respiración amplificada en sus oídos. Sus propios oídos, desacostumbrados a nuestra forma de oír el mundo, los tiros, los ladridos, los reclamos, los llantos, los autos robados chirriando en las esquinas. Todo percibido desde la vida dentro de un casco de carreras.

En un momento, cuando se lo quitó –mucho tiempo después, en verdad–, se hizo fanático de sí mismo. Escribía “YO” en todos lados. “YO” podía ser cualquiera, incluso yo. Pero lo escribió tanto y tantas veces que se transformó en Piquito. Él, Piquito, era Yo, y ningún otro más.

Habíamos perdido las características del yo por su culpa.

Si decías “yo tengo un He-man que ya no se hace”, entonces el que tenía el *He-man que ya no se hace* era Piquito. Paredes, bancos de escuela, postes de luz, paradas de colectivo, toda su ropa, su antebrazo: todo estaba inscripto con su YO. Con lapicera, marcador, tiza o lo que estuviera al alcance de su mano.

Tiempo después se le dio por usar maquillaje. No tenía ni doce años. Pero, al parecer, había descubierto el maquillaje que su madre ya no usaba porque ya no

estaba y le había empezado a dar un uso de la manera que solamente él podía. Se hacía cuernos con el pintalabios en la frente, y andaba así por la vida. O se hacía bigotes con el delineador de ojos. O se pintaba las uñas: se las había dejado tan largas que ya dudábamos de su destreza. Estaba seguro de que no podía agarrar ni la lapicera con esos dedos. A veces se las pintaba de negro, otras de rojo. Hasta que, evidentemente, un día se le acabó el maquillaje.

Tenía la extraña habilidad de hacer cosas de las que ni siquiera pudiéramos burlarnos. Sus tiempos del Yo habían logrado, sabía, que si yo me burlaba de Piquito, entonces Piquito se burlaba de mí sin necesidad de burlarse porque, claro, Piquito era Yo. Lógicamente, todos éramos Piquito.

Después, muchos años después, lo olvidé. Le perdí el rastro. Yo dejé de andar en la calle y de juntarme con la gente que no me llenaba y empecé a saludar mejor en el barrio, a llevarme con los que eran mejores a mis ojos y peores ante los de los demás. Pasó el tiempo. Pasó la adolescencia. Pasó todo. Los amores, el estudio, las peleas. Los vicios y esos diálogos mentales que me dejaban temblando. Me mezclé bien y trabajé y viajé y un día me mudé.

Ahora no sé si lo soñé o qué, pero ayer recibí un mensaje de texto de mi hermana mayor diciéndome: “Encontré tu casco”.

Tal vez seguía relacionada con Piquito y se equivocó de número, quiero creer ●

---

**Luis Mey** (Capital, 1979). Vivió en el conurbano toda la infancia y adolescencia. Tiene tres libros publicados. El primero se llama *Los abandonados* y fue seleccionado por la Subsecretaría de Cultura para formar parte de la antología del bicentenario en la Feria de Frankfurt junto con otros once autores. Su segunda novela se llama *Las garras del niño inútil* y es un retrato sobre la disfuncionalidad de una familia de clase media baja durante el ascenso y caída del menemismo. Ambos editados por Factotum. Y el tercero se llama *Tiene que ver con la furia*, Emecé, escrito junto con Andrea Stefanoni, son dos historias cruzadas sobre el trabajo, el transporte público y el amor líquido, como si fueran la misma cosa. Escribió para diferentes medios, free lance. Y trabaja como librero en el Ateneo Grand Splendid. Su libro favorito es *La hermandad de la uva*, de John Fante.



[Comentario del Jurado sobre las obras premiadas](#)



[Volver al índice](#)

# • LA HIJA •

CECILIA FERREIROA

**En el asiento de al lado se sentó una mujer.** Me preguntó si estaba ocupado y después se dejó caer pesadamente. Casi se tiró en el asiento. Me sonrió y me dijo que nos esperaba un viaje largo. Me di cuenta que buscaba entablar una conversación y le dije que no era tan largo, que siempre pasa más rápido de lo que uno piensa. Buscaba disuadirla pero eso produjo el efecto contrario. Me preguntó si tenía hijos. Le dije que no. Bajó la vista y después me contó que ella tenía dos. Un hijo y una hija. Me dijo que su hija tenía mucho carácter, mucha personalidad. Por su tono de voz parecía tener la parte mala de la personalidad, el mal humor pero no la sonrisa, el empacamiento pero no el reconocimiento. Me dijo que era muy testaruda, que buscaba obtener siempre lo que quería. Su hijo, en cambio, era una dulzura. No traía tantos problemas. La hija estaba muy enojada con ella por una remera. Le había dicho que había perdido la remera del colegio. Pero ella sabía que no era verdad. Movié la cabeza para los lados y se quedó moviéndola un rato. Después, bajando la voz, me dijo que ella sabía que lo había hecho a propósito, que la había perdido a propósito. No me imaginaba cómo alguien podía perder algo a propósito. El problema era que la remera era bastante suelta. Pero no era suelta, me aclaró, era su talle, lo que pasaba es que su hija quería usarla muy ajustada al cuerpo. Y mi hija tiene, dijo, y puso las manos delante de sus pechos. No pude evitar mirarla a ella y sus pechos enormes. La hija tenía a quién salir. En seguida me contó que todas las compañeritas de la escuela iban igual, mostrando el cuerpo, con ropas dos talles más chica. Por lo visto era una cuestión generacional. La nena estaba desesperada por que la madre le comprara la remera para ir a la escuela, pero ella se resistía a comprarle el talle que la hija le pedía. En un momento sacó de su cartera un papelito y me lo dio. Lo leí:

*Mamá, acordate de la remera, la necesito URGENTE!  
Talle 12 (doce), color azul marino.  
Te amo*

Cuando terminé de leer me dijo: para esas cosas me ama. Y sonrió. Me quedé pensando en el cuidado con el que había puesto el número del talle, como si su madre fuera tarada. Le devolví el papel. Se veía que su hija cuando quería algo luchaba hasta conseguirlo. El problema es que es muy parecida a mí, me dijo. Yo soy igual. En cambio, Liam no se parece en nada a mí, por suerte tampoco se parece a su padre. Largó una carcajada suave. A veces el parecido era un problema en las relaciones. Algo así me había pasado una vez. Tenía una amiga que era muy parecida a mí. El problema es que



nos enojaban las mismas cosas, nos empacábamos de la misma manera. Y por momentos parecía no haber salida a los embrollos estúpidos en los que caíamos. Éramos como un eco de la otra. Cuando discutíamos parecíamos esos muñequitos que caminan y que cuando topan con un obstáculo se echan para atrás y vuelven a ir hacia adelante para chocar otra vez, y otra. Terminamos cansándonos una de la otra. Lo espantoso era cómo me hacía verme a mí misma, con todas mis imposibilidades, que eran también las de ella.

Este último tiempo está terrible conmigo, continuó, me está dando un trabajo enorme. El otro día dijo que se iba a ir de la casa y que no nos iba a decir adónde, que solamente recibiría comida. Liam, que le tiene mucha paciencia, le dijo tranquilamente que iba a tener que decirnos dónde estaba si quería que le mandásemos comida. Por suerte Liam no la toma en serio. Pero ella es el doble de grande que él y es muy fuerte. Cuando se pelean ella lo destroza. Además pelea con una furia que él

no tiene. Liam es muy pequeño al lado de ella. A veces pienso que ella aprovecha su superioridad física para obtener cosas de él. Liam le tiene mucha paciencia. Me contó que él era el mayor, dos años mayor. Todo el mundo pensaba que él era el hermano menor y eso era terrible para él. En cambio para su hija era un triunfo. La veía disfrutar cuando alguien caía en esa confusión; sonreía, se burlaba de él. La hacía sentir superior a su hermano. Y cuando podía aprovechaba esa superioridad. Después de decir eso se quedó en silencio. Su silencio no era ameno. Era más que una simple pausa en el hilo de la conversación, más que una interrupción para recordar o pensar algo. Estaba en silencio como ante un árbol que sale volando. Como alguien que vio más de lo recomendable. Quise decir algo para sacarle gravedad al asunto, pero no se me ocurrió nada. La actitud de su hija le parecía especialmente dolorosa. Parecía que veía ahí algo irreversible en relación con lo que era y lo que sería en la vida.

Me contó que ella no se había permitido tanto con su madre, no le llevaba tanto la contra, ni le hacía escenas horribles. Su hija le gritaba como una loca, con una furia insaciable, que no sabía de dónde venía. No entendía por qué, si su hija se parecía tanto a ella, no se comportaba como ella se había comportado con su madre. En ese punto le molestaba que el reflejo distorsionara su imagen.

Lo que más la asombraba de su hija era la transformación que se producía en ella, en su cara, cuando se enojaba. Se ponía toda colorada, la cara se le hinchaba o parecía hinchársele. Esa furia monstruosa, pensaba, estaba en ella en todo momento, contenida. En su cuerpo relajado, en su sonrisa, siempre estaba esa transformación como una posibilidad.

Y ella no podía dejar de verla. Su hija no era mala en el fondo, me dijo con voz triste, era una buena chica pero tenía un carácter terrible. No sé de dónde le viene tanta furia, dijo secamente. Liam no era así en ningún momento, incluso cuando se enojaba lo hacía dulcemente. En él nada de esa furia era posible.

Giré mi cabeza hacia la ventanilla. Me puse a mirar el paisaje. Por un rato la mujer se calló. El paisaje era monótono pero tenía algo suave. Se extendía francamente en todas direcciones mostrando el horizonte. La mujer volvió a hablarme. Me dijo que la noche anterior no había dormido bien. Durante la cena la hija había estado terrible. Le había gritado como una loca. Estaban los tres cenando y su hija se había levantado de la mesa y le gritaba parada frente a ella. Ella y Liam habían permanecido sentados comiendo cada tanto. Me contó que tenía que hacer un

viaje al extranjero por unos días y que la hija iba a quedarse con una amiga. La amiga era muy buena y estaba segura de que su hija se portaría bien, que no le haría las escenas que le hacía a ella. Me dio curiosidad saber dónde quedaría su hijo, pero preferí no preguntar.

Estábamos por llegar. Me di cuenta de que estaba impaciente. Quería llegar. Tenía muchas cosas que hacer y quería poder ponerme a hacerlas. Quería sumergirme de lleno en las obligaciones, en los trámites. Me contó que Liam no iba a ir con su amiga, que se iba a quedar solo en la casa. Ya tenía 15 años y era suficientemente responsable. Además una vecina iba a estar atenta esos días que ella no estuviera. Se

encargaría de despertarlo. Me dijo que su hijo no podía despertarse a la mañana, era difícilísimo para él. Dormía con absoluta entrega. Quizás eso también le parecía un rasgo adorable de su hijo.

Tenían un perro y él se ocuparía del perro. No requería demasiada atención. Sólo debía alimentarlo y sacarlo a pasear. Me dijo que estaba viejito y que era un buen perro. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Me contó que Liam le había preguntado por qué él sí podía quedarse solo en la casa y su hermana no. Ella le había dicho que sabía que su hermana no iba a hacerle caso, que se pelearían y que sería ingobernable. También le dijo que ella confiaba en él. Liam estaba muy orgulloso por eso. En un momento le dijo: Gracias, mamá, por confiar en mí.

La cosa que había desencadenado la furia de su hija durante esa cena era que no podría ir a una fiesta. La fiesta era el viernes y ella viajaría el jueves a la noche. El viernes ya no estaría acá y no quería que su amiga se ocupara de la fiesta de su hija, de llevarla y de pasarla a buscar. La hija estaba desesperada. Había estado tratando de convencerla toda la

semana de que la dejara ir a la fiesta, pero ella había permanecido firme. No podía ir a esa fiesta. Esa noche se lo dijo bien clarito. Durante la cena la hija había empezado a gritar, a decir que se iría de la casa, que no quería verla nunca más. Estaba toda colorada y al hablar escupía saliva. Tenía los ojos inyectados en sangre. Se había levantado con furia de su asiento y le dijo que no quería vivir con ella, que se iba a vivir con su papá, que no quería ser su hija, que su papá sí la quería. Le dijo a los gritos que la odiaba, que la odiaba con toda su alma. La mujer se quedó en silencio otra vez. Después me dijo: yo sentí mucha rabia y sentí muchas ganas de poder decirle lo mismo, que yo también la odiaba.

Las casas empezaban a aparecer. La ciudad comenzaba. Me levanté de mi asiento abruptamente y le dije que tenía que bajarme. Se levantó para dejarme pasar. Nos saludamos amablemente y yo le deseé suerte. Ella me respondió con una sonrisa ausente ●

---

**Cecilia Ferreiroa (La Plata).** Vivió parte de su infancia en México, y un año en Venezuela. Es Licenciada y Profesora en Letras (UBA). Participó de UBACyT y IUNA como investigadora en formación, y publicó un avance de su investigación en la revista *Figuraciones*, además de dos cuentos en el blog [LACIUDADCAPTADA.BLOGSPOT.COM.AR](http://LACIUDADCAPTADA.BLOGSPOT.COM.AR). Otro relato inédito, “Analgésicos”, fue trabajado con Christian Rodríguez. Hizo taller literario con Santiago Llach y actualmente con Hebe Uhart. Uno de sus libros favoritos de la literatura argentina es *Los suicidas*, de Antonio Di Benedetto.

---



Comentario del Jurado sobre las obras premiadas



Volver al índice

# UN NIDO • RECIÉN • PINTADO

LUCIANA CZUDNOWSKI

## Llegó a la puerta giratoria cuando se le durmió la pierna derecha.

“Clínica médica”, decía el cartel. Lo miró durante un rato, como si esperase que las letras le adelantaran el diagnóstico. El cosquilleo avanzaba junto con las nubes que oscurecían la tarde. Faltaban diez minutos para la hora con Zapata. Podría aprovechar para hacer la admisión y llegar justo a tiempo. La semana anterior él mismo había llevado la biopsia en el tubo plástico, con cuidado para que no se volcara el líquido fijador; había dudado, entonces, de si seguía siendo, eso, parte de su cuerpo, al poder llevarlo en la mano. Volvió a tomar aire y antes de entrar sus pies giraron, decididos a dar una vuelta manzana.

Ya había doblado por Pichincha cuando descubrió la pajarería. Entró sin saber por qué. El canto de los pájaros era un manojo de alarmas disparadas a destiempo. Del fondo, que de tan largo parecía llegar a la otra calle, salió un viejo. Arrastraba un carro como de enfermero.

– Hola –su voz sonó metálica.

– Hola.

El viejo no le preguntó nada. Iba dejando alpiste y agua en cada jaula. Y silbaba. Él se acercó a una; el canario era verde y blanco. Se miraron. El canario movió la cabeza, con esos ademanes nerviosos de los pájaros y de los locos. Al estudiar los barrotes de metal, como cajas con vidas apiladas, recordó la vez que había ido con su abuelo a una fábrica de jaulas en San Justo. Su abuelo amaba a las palomas; tenía docenas. Pero las palomas no cantaban, sólo escupían un arrullo parecido a una gárgara. Pensaba, ahora, que las noticias importantes deberían decirse así, en gárgaras.

– Dígame –dijo– ¿cómo se da cuenta cuál está cantando?

El viejo caminó hacia él.

– Tiene que alejarse un poco. Como para ver un cuadro.

Retrocedió unos pasos y miró la pared repleta de jaulas: un cuadro vivo, sí. Y el viejo dijo con su cara de pan de jabón:

– Ése, ¿ve? Se le hincha el pecho, acá –y le rozó la nuez con una mano áspera. Era uno celeste–. Este también –el viejo señalaba a un canario naranja, esponjoso. Parecía un budín.

Afuera comenzó a llover. Él miraba los cuellos de los pájaros, nerviosos detrás de los barrotes; saltaban del palito al piso de la jaula, del piso de la jaula al palito. Los más afortunados tenían hamacas manchadas de

mierda seca. Caminaba de costado, abstraído en las plumas y el sonido; buscaba algún código, alguna conexión entre ruido y color. Sí. O no. El médico había dicho que podía hacer una interconsulta. Él había tenido que firmar papeles. Dar su consentimiento, ¿cómo no lo iba a dar? Si ellos estudian, que estudien. Todo por una estúpida descompensación. Y Natalia. Tan joven y distinta a su ex mujer; siempre lista, con la sonrisa en el cuerpo. Alargó un índice por la abertura de una jaula. El canario se acercó con el pico abierto y torció la cabeza. Latigazo de loco. Loco de mierda, ¿qué estás por hacer? Retiró el dedo. Se miró los pantalones. En la vidriera, la cortina de agua hacía resbalar cualquier imagen que pudiera verse, nítida, de la calle. Como la cascada del hotel alojamiento, durante los mediodías de junio. La mano de Natalia apoyada en la pared de agua, haciendo fuerza, sintiendo su fuerza.

La tormenta había acentuado la locura de los pájaros: un sonido que llegaba a los nervios y traía el ruido de la quinta de sus abuelos en los días de lluvia, cuando la humedad enloquecía a los animales e hinchaba

las piernas de las tías. Para esa época, su abuelo ya se encerraba a comer palmeritas dentro del placard y había matado a las palomas al ubicar dentro de la jaula un nido de mimbre recién pintado con esmalte blanco ¿Qué haría el viejo con los canarios que se morían? Había visto una puerta entreabierta, al fondo, de donde había salido con el carro. Caminó hasta ahí. A su paso, cada pájaro le gritaba su color: naranja, marrón, rojo, naranja, verde, amarillo. Espió las jaulas vacías de atrás. En la otra pared, una lámina con canarios. Había uno con flequillo. Al costado, una pala. La tos del viejo lo sorprendió espiando justo cuando veía, dentro del cuartito, un catre.

–¿Está haciendo tiempo para entrar a dónde?

La pregunta le enfrió la espalda. Verdaderamente, ¿estaba haciendo tiempo? O mejor: ¿existía el tiempo ahí dentro?

– Necesitaba salir de la oficina un rato –mintió–, despejarme.

El viejo frunció la nariz. Él miró hacia la calle. Habrían pasado más de diez minutos, supuso, con un temblor repentino en el párpado. Tener que llamar a Natalia, un rato después, para decirle que sí, que todo bien, mi colita hermosa, ¿mentiría?

Para evitar el silencio, frente a la jaula de uno tan oscuro que parecía negro, preguntó:

–¿Éste está enfermo?

– Un poco. Se puso gordo, como un gato, y ya no canta. No atrae a las hembras. ¿Ve cómo le tiembla el pico? No es que esté enfermo, pero, usted me entiende –El viejo hablaba lento, con un crujido de mueble antiguo.



–Sí –dijo él. Aunque no entendía eso de “un poco”; era como estar un poco muerto, o un poco vivo. Le transpiraban las manos. Debajo de la jaula vio algunas plumas. Formaban una pirámide. Quería saber si el canario se daba cuenta de que estaba enfermo. Qué hacía ahí en vez de estar en la clínica. Intuía la carraspera del médico frente al sobre, las manos juntas, en el escritorio; esas que habían firmado la orden con el “urgente” en imprenta, para que cualquiera pudiera entenderlo. El viejo seguía alimentando a los pájaros, alargaba las manos con devoción. Un gesto del doctor se le dibujó en el aire, como si pudiera verlo: dos líneas, articulando el movimiento de la sílaba, la palabra, el diagnóstico. No, el canario no se daría cuenta. Frente a la jaula, él estudiaba sus movimientos ralentados pero seguros, su silencio, que como una cápsula lo aislaba del resto.

–¿Lo puedo ayudar en algo? –se sorprendió al preguntarle al viejo, en una leve súplica, como si hubiera brotado, involuntaria, de sus labios, la pregunta.

–¿Cómo dice? –Detrás de ellos, el local parecía respirar.

–Que si lo puedo ayudar en algo. Este lugar es muy grande –dijo, con una mano nerviosa sobre el mostrador. El viejo se acercó, lo estudió de reojo.

–Voy a calentar agua –dijo. Él lo vio arrastrarse hasta el fondo y mientras lo esperaba, trató de silbar ●

---

**Luciana Czudnowski** (Buenos Aires, 1983). Estudió comunicación, letras y publicidad. En narrativa se formó en el taller de Alejandra Laurencich, y también asistió al de Hebe Uhart. Realizó cursos de guión cinematográfico y de dramaturgia. En 2006 ganó una mención en el Concurso Interamericano de Cuentos de la Fundación Avon, que integró una antología y además fue publicado en *No-retornable*. En 2008 recibió una mención del Fondo Nacional de las Artes por *Rumiantes*, su primer libro de cuentos, aún inédito. En 2012, su cuento “Nueva música” fue publicado en el número 3 de la revista *La Balandra*. Su libro favorito es *Los siete locos*, de Roberto Arlt.



Comentario del Jurado sobre las obras premiadas



Volver al índice

# • SUCIO DE TOMATE •

MARÍA FERREYRA

**Estás ahí.** Bajando de un tren, bolso en mano. En el andén no queda nadie, excepto ellos dos: la Comadreja y el Rubio, quienes te fueron a buscar. Tanto tiempo sin verlos; con ella fuiste pan y cebolla. Caminan unos metros por la calle de tierra, sentís el olor húmedo de la vieja estación del ferrocarril. Cuando suben al auto, descansás la nuca sobre el asiento, suspirás. Y ahí recién, arranca la historia.

- Vos pibe, igual -te dice el Rubio de reojo con una mano en el volante.
- Casi, tal vez el mismo -le respondés desde el asiento de la acompañante. La Comadreja desde atrás te tira del pelo con una suavidad maliciosa.
- No te hagas.

El Rubio te cuenta que está encargándose del regado de una de esas plantaciones. Mirás a tu derecha y ves allá afuera su modesta parcela con uno y mil repollos pasando en hileras impecables. Lo más parecido a una remera a rayas.

- El pollo es lo peor -agrega-. Le brotan yuyos bien al ras de la tierra y para limpiarlos se te parte la cintura.

- ¿Decís que estamos viejos? -replicás sin quitarle la vista al campo.

- Puede ser. Igual hoy se usan unas máquinas que son un lujo y te cagás de la risa. Les damos con eso a los yuyos y después paso con el riego.

- Qué bueno -decís.

La Comadreja mira por el retrovisor y sonrío.

- Che, flaco, tenemos algo para contarte.

- La noticia más nueva -te introduce el Rubio con suspenso.

- Nos casamos en unas semanas.

Los novios sonrío y vos decís: ¡Epa!

Te acordás de la época en que estabas enamorado hasta la médula de la Comadreja. Qué recuerdo lógico e inoportuno... Uuh, te da un silencioso puntazo en el pecho. Tenés una imagen nítida de ella: una foto carnet que te regaló y que cabe justo en la solapa de tu billetera. ¿Por qué llevas todavía esa foto? No tenés idea. Tendrá valor sentimental. Qué triste, qué tremendo, qué trompada. A veces es una pena, pero existe el pasado. Un pasado que te alude y al que ahora

intentás enterrar a paladas enormes para seguir la conversación: los detalles del casorio, la familia, los amigos, la comida, la música. Una felicidad ajena que corre como una gorda escandalosa hacia vos, de frente derecho a vos, y te besa en tu boca de muñeco de torta.

Uuh, otro puntazo en el pecho. Estás mal, te despabilás como podés -hundirías la cabeza en un balde de agua- y volvéis a la conversación con el Rubio y la Comadreja: los novios. Será el calor, las horas de viaje en tren. Algo te pone un poco idiota. Suspirás. Volvéis a acomodarte en el asiento. Afuera todo se ve tan naturaleza sabia. Paz, amor y repollos. Nunca te gustaron las noticias repentinas, o sí, pero hoy no tanto. El Rubio es un morocho casi carbón que maneja su auto con dominio, como un jinete que se sabe más fuerte que su caballo. La Comadreja es una rubia de pelo corto y flequillo. Cuando tenía diecisiete años -o sea, cuando se sacó la foto que guardás en tu billetera- las pecas se le notaban más. Sigue igual de linda, lo sentís en tu cuerpo. Aunque, bueno, recapacitás para celebrar la noticia del casamiento. Te tomó un rato, pero recapacitás:

- Hey, qué bien lo del casorio, mándenme la invitación -exclamás, fresco como un kiwi.

El camino está bordeado de campo, cada tanto alguna vaca, algún arbolito, algún otro pollo. Cuando llegan a la casa, el peso del viaje se asienta

sobre tus hombros. Bajás del auto estirando los brazos y respirando todo el cielo azul del mundo. El Rubio te sorprende con una palmada y dice: Bienvenido a la naturaleza, sentite como en tu casa. Es una frase gastada, pero el Rubio la usa en serio.

Pasás al baño. Ahí estás, frente al espejo. Te mojás la cara dos veces, humedecés tu piel como quien riega una planta al regresar de un largo periplo. Un legítimo ratón de ciudad, sacándose las medias y los guantes. Caminás por la casa: ambientes amplios, techos bajos, ventanas con cortinas rústicas, bibliotecas atiborradas de cosas. En la cocina, te reencontrás con la Osa. Ella te preparó un café grande. Se cambió el color de pelo pero sigue siendo una Osa indiscutible. Salen y te sentás en el verde, mirás la nada, la luna encendida, juntás los palitos que caen del pino que tenés encima. De pronto, una moto atraviesa el parque: es el Cuca. Se quita el casco: sí, el Cuca. La misma pinta de simpático. Él es el que menos ha cambiado, casi jurarías que está idéntico.

Hace muchos años, una noche, el Cuca llegó a tu casa en su moto. Vos dormías y tu abuela te despertó, diciendo: El Cuca está llorando. Tu abuela nunca tuvo muchos preámbulos, así que saltaste de la cama y fuiste a ver: ahí estaba el Cuca, hecho un niño. El perro del Cuca había aparecido muerto junto al auto de su padre. Esa noche casi no durmieron. Cuando amaneció, tu abuela los encontró en la cocina junto a unas tazas de café. El Cuca, roncando sobre su campera, y vos, hundido en la manga de tu pijama.

Acompañás a la Osa para preparar la picada y abrir las cervezas. Te toca cortar la mortadela, “fetearla”. Con excepción de las bolitas de pimienta que se te interponen, la tarea es sencilla. Luego el queso, el jamón –tanto más dóciles– en cubitos. Te sale bien, te olvidás de vos. Le hacés preguntas a la Osa. Charlan. Desde la mesada podés ver el jardín, al perro que bosteza aplastado por la noche, al Rubio y a la Comadreja bajando cosas del auto. Juntos, los novios. Te das vuelta y le pedís al Cuca que te alcance el frasco de aceitunas que tiene junto a su mano.

– Cuca, ¿te copás? –El Cuca accede.

El mismo Cuca, camorrero de siempre, antes de volver a su lugar, se te cuelga de un hombro y te avisa al oído: *El Rubio 1 - El Ratón 0*.

No te causa gracia. Pero te causa gracia. Lo mirás a los ojos y se miden. Le señalás el cuello con un escarbadiantes. El Cuca se ríe y retrocede con ojos de cordero.

– Después la seguimos –se escuda, siempre con la última palabra. Lo dejás ir. Te mordés la lengua y lo dejás ir. Luego, llegan las pastas. Fideos con salsa de tomate. Una delicia que no probás hace años.

– ¿Será desde la última vez que vine?

Un ratón de ciudad hecho y derecho –te responde la Comadreja.

Seríen, te atragantás, toses, peroteseguisriendo.

– Sos gente rara vos. ¿Cómo te puede quedar tan lejos un plato de fideos con salsa?

La vida tiene muchos asuntos insondables. Éste es uno. Enredás los fideos en el tenedor, ayudado con

un pan, y el futuro aterriza en tu mente. ¿Hacia dónde estarás yendo? ¿Cuál era el destino? ¿Estará bien así? En la distracción, te salpicás con salsa de tomate la ropa. La Comadreja te tira una soga: ¡Sal! Necesitás sal para que la grasa no se coma tu camisa blanca. Sí, pásenme la sal. Inmediatamente, el Rubio apoya el salero cerca de la Osa. Tienen algo con las supersticiones: la Osa apoya el salero cerca del Cuca. El Cuca te acerca la sal. Apoya el salero en la mesa. Y te sonríe. Rápido echás sal sobre la mancha. Que el tomate no se expanda. Con un dedo refregás la sal contra la tela. Arenoso. Tela. Mancha. Tomate. Uuh. Vas al baño para ver mejor qué está pasando. Te mirás en el espejo y la mancha rosada está a la altura del corazón... se ve tan cursi. Profunda e inolvidable como las cosas cursis. Pero vos confiás en la sal: la sal que –según dice la Comadreja– evitará que la camisa quede sucia de tomate. Apagás la luz del baño y volvéis a la cocina. El



Cuca te mira. Peor aún, está mirando la mancha: esa flecha roja que tiene más tiempo con vos y que querés arrancarte y olvidar. El Cuca no puede evitar anunciarte: *El Tomate 1 - El Ratón 0*. –¡Justicia poética! –le aclarás antes de que meta otro bocado. Mañana será otro día. Ayer fue otro día. Sabés que hay un tren verde con asientos azules que te devuelve a tu casa. Hay una oficina con luz tubo que te espera. No hay perro, no hay gato. Hay un departamento limpio que alquilás. Te sentás otra vez alrededor de la mesa con ellos. El Rubio. La Osa. El Cuca. La Comadreja. A seguir compartiendo la noche, con una mancha de tomate. Sucio, vos. Cursi. Y aflojando, aunque en el fondo, cómo querrías tener un buen pedazo de virulana para rascar la tela, incluso agujerearla, atravesarlo todo y borrar hasta el último hilito infame copado de tomate. Cómo ●

---

**María Ferreyra** (México). Se crió y vive en Buenos Aires. Es psicóloga y escritora. Publicó en la revista *Desformaciones* y el Suplemento Cultura del diario *Perfil*. Dirigió las revistas *Club del Disco* y *Casa de Brujas*. En el 2007 integró la antología de cuentos *Escritoras argentinas entre límites* y obtuvo el primer premio, categoría relato, del “Concurso Jóvenes del Sur 2000”. Actualmente, es correctora en el diario *Miradas al Sur* y trabaja como redactora en otros medios gráficos. Hace radio, co-coordina un taller de narrativa y postea en [MFERREYRA.BLOGSPOT.COM](http://MFERREYRA.BLOGSPOT.COM). Sus libros favoritos son *Rayuela*, de Cortázar; *Seda*, de Baricco; *La inmortalidad* de Kundera; *Eleonora* de Poniatowska; y *Leopardo al sol*, de Laura Restrepo.



[Comentario del Jurado sobre las obras premiadas](#)



[Volver al índice](#)

---

# • ÁFRICA •

MARCELO FILZMOSE

**Fumaba.** Eso me dejó en claro que las cosas no andaban por el camino de siempre. En los doce años que yo tenía lo había visto fumar muy pocas veces. El olor, en cambio, era común sentirselo todos los días. También a la mañana cuando nos levantábamos a desayunar flotaba en la cocina, dando vueltas desde la noche anterior, esperando a que mamá abriera una ventana. Pero esa vez estábamos tan cerca que parecía como si se pudiera ver, saliendo de la boca junto con el humo, como si no fuesen lo mismo; porque yo al olor estaba acostumbrado, al humo no.

Nos habíamos sentado en el fondo, sobre el tronco acostado de la higuera que habían cortado hacía poco porque atraía moscas y ratas. Él le había hecho las patas y estaban bastante bien; se daba maña para muchas cosas. Es cierto que no era muy cómodo por la aspereza misma del árbol, pero daba gusto sentarse a su lado sobre ese tronco. Tardó en empezar a hablar, como si le costara, aunque la voz le salió tranquila, con la calma de casi todos los días.



– Al final me quedó bien este banco. ¿no?

Yo asentí con la cabeza y me quedé callado con la mirada en la tierra del piso. Abajo del alcanfor casi no crecía pasto.

– Y vos, ¿todo bien?

– Sí.

– ¿Qué andás haciendo?

– Nada.

– ¿Nada? ¡Qué aburrido!

– No, en serio... ahora no hice nada. Hasta en la escuela voy mejor. La maestra nueva dice que soy bueno.

– Está bien, yo no pensaba retarte, te preguntaba nomás. Aparte, ser bueno es decir mucho, ¿no te parece? A lo sumo podrá decir que no sos malo.

El viejo venía raro desde hacía un tiempo. Con mamá se hablaban muy poco, no como antes que peleaban todo el día. Desde unos meses a esa parte las cosas se habían tranquilizado pero sin calma. Era como si estuviéramos arriba de un bote al que un tiburón como ese de la película lo hubiese estado atacando por todas partes sin llegar a hundirlo. Un día el tiburón no se ve más. El agua se queda quieta y el bote ni se mueve, pero todos los que estamos arriba sabemos que el bicho anda rondando y que en cualquier momento nos salta encima.

– No entiendo. ¿Y cuál es la diferencia?

– Claro, mirá. Ponéle que hay un tipo tirado al costado de la ruta con el auto roto. Vos te podés bajar con un cuchillo y robarle lo que tenga. También podés seguir de largo, sin joderlo pero sin ayudarlo tampoco, o podés parar y hacer lo que puedas para ayudarlo. Pero ese lo que puedas significa que quizás lo tenés que remolcar doscientos kilómetros justo en la dirección contraria a la que vos ibas, o le tenés que prestar plata, y hasta te puede pasar que después de que lo ayudaste, el tipo te robe alguna herramienta o sea nomás un chorro esperando tipos como vos para asaltarlos.

Ya en la escuela me venían molestando con eso de que con Renata íbamos a ser como hermanos. Que a mí me venía bien porque como yo no tenía ninguno iba a saber lo que era.

– Pero, entonces no hay que ser bueno.

– Yo no dije eso. Si te da el cuero tenés que ser el mejor tipo del mundo. Pero eso es algo que no se le puede pedir a nadie. Eso está en cada uno. Además, para ser bueno hay que dejar muchas cosas y más de una vez hay que joderse la vida. Un padre nunca quiere que su hijo se joda la vida, ¿entendés?

Renata era la hija de Mónica. Al padre nadie lo conocía. Se decía que se había ido cuando ella era chiquita, pero Renata siempre te contaba una mentira diferente. Estaba de viaje, trabajaba arriba de un barco, cuidaba una fábrica de noche y de día se la pasaba durmiendo, había tenido que viajar porque su abuela, que era de Córdoba, estaba mal. Al principio nos daban bronca esas historias y la molestábamos hasta hacerla llorar. Después nos acostumbramos y para ese último tiempo ya habían empezado a gustarme algunos de sus cuentos.

– Más o menos... no, no entiendo.

– Mirá, vos para hacer cosas buenas tenés que dedicar tu tiempo, tu fuerza, tu salud. ¿Viste esos tipos que viajan a África para ayudar? Bueno ¿te creés que son pelotudos? ¿Que no saben que está más bueno estar en el Caribe, tomando ron con una mina de esas que aparecen en las revistas? ¿Que no les gustaría inventar algo que los llene de guita, hacerle un gol a los ingleses o ser el galán de moda? Pero si se dedican a esas cosas, como mucho les queda tiempo para ayudarlo a cruzar la calle a una vieja.

En el potrero también la cosa se había puesto espesa. Cuando jugábamos entre nosotros no tanto, pero si venían los del otro lado de la vía, que eran del barrio de Renata, empezaban con eso de *está*

*buena la vieja, aprovechará porque la Renata se va a poner igual. Si, igual de puta,* decía yo para hacerme el duro, pero la verdad es que la piba me daba pena y además era cierto que estaba cada vez más linda. Encima esa sensación de que los otros también me tenían algo de lástima a mí, y yo sin entender, o sin animarme a entender, porque ahora parece todo claro, pero en ese momento...

Y eso era lo de menos. Como yo jugaba abajo, me tocaba fajar a los buenos. El polaco desde la otra punta me gritaba *¡Manu, serruchá!* y a mí se me inflaba el pecho, porque el polaco era el polaco. Entonces me reputaban y salían con que si la Mónica nos hacía precio por cogerse al padre y al hijo, o si estaba celoso porque mi viejo se garchaba a las dos y no me dejaba nada.

– Pero vos sos bueno.

El viejo hizo un gesto como de sonrisa amargada.

– Hubo veces que hasta me creí que lo era. Uno se imagina que ser bueno es aguantarse de todo, o joderse por haber elegido mal algo. Eso tampoco es ser bueno.

Prendió otro cigarrillo. El sol ya se empezaba a esconder atrás del olivo, que se había ido en vicio y estaba enorme.

– La realidad es que todavía hoy estoy tratando de no ser malo. De tomar las decisiones menos malas.

De a poco se había ido la tarde. Seguimos en silencio un rato más hasta que mamá llamó a comer. Cuando nos levantamos me abrazó. Yo lo abracé también,

fuerte. Esa noche, mientras yo dormía, se fue de casa. No supimos nada más. De Renata me hice amigo pero ese fin de año se mudaron y tampoco la volví a ver. Al viejo no le guardo bronca y aunque parezca raro, da la sensación de que mamá tampoco. Cada tanto me pregunto por dónde andará o qué habrá hecho con su vida y los días que estoy mejor me gusta pensar que anda por África. Lo imagino preparando guisos de esos que le salían bien, con papa, chorizo y todo, para darle a los pibes de allá, que estarán corriendo desnudos y como decía él cada vez que los nombraba, con la panza llena de hambre ●

---

**Marcelo Filzmoser.** Finalista en el certamen de cuento organizado por la C.A.D.D.A.N. (2003). Integrante seleccionado por concurso de la antología de cuentos de “Manuel del Cabral, Asociación para la cultura” (2003). Mención en el “XXII Concurso Internacional de Cuento” de la revista Décima Musa (2004). Participó en los talleres de Carlos Bernatek (2005-2007), Pablo Pérez (CCRR, 2008) y Maximiliano Tomas y Diego Grillo Trubba (Eterna Cadencia, 2009). Finalista con publicación en las antologías del “XV Concurso de cuento y poesía Leopoldo Marechal 2008” y el Museo Iriarte (2011). Su libro favorito es *La construcción de la muralla china y otros relatos*, de Franz Kafka.



[Comentario del Jurado sobre las obras premiadas](#)



[Volver al índice](#)

# • LA PERLA DEL ALBA •

CLAUDIO ROBIN

**La reja se mantiene cerrada con cadena y candado.** La cerradura aún no fue cambiada. Pego el grito dos o tres veces hasta que papá sale. Laura me mira como pidiéndome que no diga nada y entonces guardo silencio. Papá nos dice que esperemos. Vuelve a entrar, se demora un rato, y sale para abrirnos. No encontraba las llaves, dice. Le cuesta abrir el candado, las manos se le mueven involuntariamente. Tiemblan. Y si se pone nervioso es peor. Manipula torpemente las llaves y el candado. Me aguanto las ganas de preguntarle si ya fue a un médico, pero en el momento en que pienso preguntárselo veo los ojos de Laura y me prometo no decir nada. Después de varios intentos, y un poco con mi ayuda, logra abrir y entramos.

La casa está desordenada y en la mesa hay sobras de comida. Si no fuera porque el desorden y la falta de mantenimiento fueron creciendo a medida que se dilataban mis visitas, diría que todo sigue igual. El cuadro de papá y mamá frente al altar que cuelga arriba de la tele, los mismos muebles, las mismas cortinas, hasta la misma pava y los mismos platos y cubiertos. No entiendo qué hace una carretilla sobre la mesa del patio, con otros elementos que podrían ser chatarras, y papá tampoco me lo sabe explicar. Laura me toca el hombro, callo. Papá busca cambiar de tema y nos ofrece unos mates. Está bien, le digo, igual, enseguida nos vamos. Me quedé sin pan, dice, cuando me llamaste estaba por salir a comprar. No importa, nosotros ya desayunamos Oscar, le dice Laura, y él va prendiendo la hornalla.

Esta mañana se nos quedó el auto y el chofer de la grúa que lo remolcó nos ofreció llevar una sola persona. Gracias a las bondades del seguro el único beneficiado debía ser el conductor del auto. Como el lugar donde se detuvo el motor es cerca de la casa de papá decidí llamarlo y pedirle prestado su auto para volver a casa. Así que caminamos unas quince cuadras, y acá estamos, en la casa de la que me fui hace más de diez años, y en la que, cada vez que regreso, siento ganas de irme. Papá es bueno preparando mates, no lo puedo negar. Amargo, seco, el agua caliente, yerba que no se lava, en eso siempre le ganó a la vieja. En realidad, lo único en lo que la vieja le pudo ganar a papá, fue en morirse primero. Laura logra sacarle las primeras sonrisas a papá. Hablan de programas de la tele. Si papá podría sólo hablaría de asuntos como ese. Pero yo no puedo dejar de mirar el estado de las paredes, las persianas que conforman una galería de maderas rotas. Hace un rato fui al baño y para tirar la cadena tuve que usar un balde. Me juró que ya habló con un plomero cuando le dije de cambiar el flotante. Que no lo toque, me dijo, arrancándome el destornillador de las manos cuando iba a desarmar la mochila.



Está por llover, ya es más del mediodía y papá no nos va a invitar a comer. Aprovecho y subo a lo que fue mi pieza, está irreconocible, oscura, llena de cajas. Busco inútilmente los afiches que colgaban en las paredes, pero cada tanto encuentro la marca que dejó alguna cinta adhesiva y tarugos que quedaron enterrados para siempre. Desde la ventana escucho a Laura y papá que están en el patio y hablan sobre plantas. Papá le habla del cuidado de las acacias y coloca unos gajos en un plato con tierra. Le explica también que el invierno es una época de mucha actividad en el jardín: ideal para hacer podas de mantenimiento a las especies de verano y para plantar flores de ciclo de invierno. Laura lo escucha con atención infantil. Lleva una bolsa de residuo en la mano y va guardando los tallos que papá desentierra haciendo agujeros con una cuchara vieja. Mirá, le dice papá, señalándole con las manos temblorosas algo que visto desde acá arriba parece una gota. Eso es la Perla del Alba, dice. Laura le pide permiso para arrancar la hoja que contiene la Perla y se la guarda. Contra el marco de la ventana descubro un corazón que dice que Karin y yo nos vamos a amar toda la vida. La flecha que atraviesa el corazón está intacta, los nombres casi ilegibles. Bajo para decirle a Laura que tenemos que irnos. Por la escalera me cruzo de nuevo a papá y le pregunto que pasó con los muebles de la biblioteca.

Me contesta que no me haga drama. Esos muebles eran de la vieja, qué hiciste papá, ya no me contesta. La lluvia es torrencial cuando guardo las plantas en el baúl y saco el auto del garage. Desde la calle espero a Laura que se despide de papá. Sólo levanto la mano para saludarlo, pero no miro, tengo la cabeza baja, no sé que hizo él. Laura sube, da el portazo y arranco. Los baldazos de agua sobre el parabrisas me complican el viaje y me doy cuenta que me olvidé los anteojos en casa de papá. No pienso volver. Vamos en silencio, pero no se nota. El limpiaparabrisas hace un ruido insoportable en lugar de limpiar. Por instantes es tanta la cantidad de agua que directamente se quedan trabados. Y el ruido al forzarse me hace pensar que van a salir disparados. Papá no debe cambiar las escobillas hace años, pienso. En su recorrido de 90 grados parecen

saludarme, como dos brazos flacos que se agitan de izquierda a derecha o viceversa, como si también se burlaran de mí. Pasan delante de mi cara, sin hacer lo que necesito. Pienso otra vez en papá, en la escalera me preguntó qué hacíamos tan cerca de su casa cuando se nos rompió el auto, y yo no supe qué contestar. O sí, pero ya no tenía sentido.

Una de las escobillas ahora dejó de funcionar, es justo la de mi lado. La otra todavía se mueve aunque sigue haciendo mucho ruido. Bajo la velocidad y freno el auto al costado del camino. Laura me pregunta qué pasa. Bajo del auto, me mojo todo. Agarro la escobilla, la de mi lado, con las dos manos, y empiezo a tirar con todas mis fuerzas hasta lastimarme. No pienso parar hasta que la rompa del todo. Laura me mira desde adentro, ya no dice nada, lleva entre las manos la hoja con la Perla del Alba ●

---

**Claudio Robin** (1981). Tengo 31 años y soy productor de radio y televisión. Participé de los talleres literarios de Angela Pradelli, de la Fundación Tomás Eloy Martínez y -desde hace tres años- Ariel Bermani. Los libros que más me impactaron en el último tiempo son *Veneno*, de Bermani, *Un amor para toda la vida*, Sergio Bizzio y *Bajo este sol tremendo*, de Carlos Busqued. En 2012 un cuento mío saldrá publicado en una antología llamada *Nueve*. Papá de una beba llamada Martina.



Comentario del Jurado sobre las obras premiadas



Volver al índice

# CUENTOS • DE TERROR • PLAYERO

RAMIRO GALLARDO

## LA ISLA

**Hay una playa alejada, la gente va, y en el mar aparece una isla.** Tiene una boca en el centro, pareciera ser el tope de un volcán sumergido. Imposible, porque está a sólo doscientos metros de la costa. Al principio nadie se acerca, da miedo una tierra nueva, pero unos chicos llegan a nado y vuelven con la noticia de que el cráter está lleno de piedras preciosas. Ellos mismos se vienen con unas esmeraldas, lo poco que pudieron traer.

La gente se lanza al agua con locura, los que tienen bote la alcanzan antes y empiezan a llenarlos de gemas de todo tipo, va llegando el pueblo entero, la abertura es profunda y caben muchos, y es cada vez más honda a medida que la multitud se agolpa y cava sacando más y más piedras. Por fin ya no hay espacio para nadie y todos empiezan a apiñarse, no es tan grande la isla después de todo y el aire se vuelve asfixiante. Parece como si las paredes del cráter se acercaran de tanto que es el amontonamiento. Pero nadie sale, porque siempre hay un poquito de espacio para llevarse algo más, entonces el cráter de la isla empieza a cerrarse, las paredes están vivas y la isla cicatriza sus fauces mientras se sumerge y no se la ve nunca más

– Hasta hoy.

– Sí, hasta hoy. Se creía que era una fábula. A mí mismo me la habían contado mis abuelos, y ellos eran hijos de gente que vivió el episodio de la isla...

## EL EPISODIO DE LA ISLA *(véala en los mejores cines)*

Es la historia de una isla en el medio del mar, los veraneantes la prefieren porque tiene playa en todo su diámetro y en el medio una laguna muy profunda, como un anillo es la isla, y además no es de tierra sino de plástico. Más bien es como una especie de dona inflada, o como un salvavidas. Los chicos saltan en la arena y rebotan.

El agua es transparente en la laguna, ni una ola. Y un día baja la marea y en el fondo llega a verse un suelo rocoso. Van buzos y expediciones submarinas y se descubre que hay una montaña, justo una montaña con su cumbre redondeada ubicada en el centro exacto de la laguna. La montaña es de piedra, como todas las montañas. Como si un anillo de

plástico inflable estuviera colocado en la punta del dedo de una mano de piedra. Los habitantes fabulan con la idea de que la isla es el anillo de un dedo gigante, está en la punta del dedo y si baja la marea dejará de flotar y se colocará en el lugar que le corresponde. Temen que al suceder esto la isla se pinche, y todos se ahoguen. Entonces empiezan a ser más cautelosos y se mueven poco, caminan despacio y hasta hablan bajito para que el anillo no tambalee. Se enojan si uno tose y guay del que toque una bocina: se suspenden las bocinas en toda la isla.

Pasa el tiempo y se olvida por qué todos somos tan tranquilos, hablamos bajito y caminamos despacio. Hablamos despacio y caminamos bajito. Estamos acostumbrados a la montaña de piedra de la laguna. Entonces un día uno va y grita, ¡ehhhhh! con mucha fuerza, y todo se tambalea como un terremoto, la isla se pincha y todos se ahogan. Y todo por culpa del loquito del grito.

.....

### **EL OJO DEL HORMIGÓN**

Mi tío Miguel es arquitecto. Un día iba por la orilla caminando con Luis, que también es arquitecto. Miraban un edificio que estaba construido muy pegado a la playa y hablaban del hormigón, no sé qué cosa del hormigón y del edificio. Yo era muy chico y los acompañaba en silencio: para mí siempre ese edificio había tenido los rasgos de una cara, como un rostro de perfil mirando de costado hacia el mar: una inclinación de la fachada se asemejaba a la nariz, unos relieves formaban una especie de boca rectangular, y el ojo de buey del primer piso parecía un ojo. Resultaba indiscutible la presencia de la cara, ¿pero de un hormigón?

Con el tiempo crecí y me di cuenta de que aquella conversación no se refería en lo más mínimo a una hormiga gigante sino que hablaban sobre la construcción del edificio, del hormigón, del hormigón armado. Pasó a ser una anécdota divertida de mi infancia, se lo conté a mi tío y toda la familia se moría de risa, siempre que pasábamos nos descuajeringábamos de la risa. Hasta que un día de mucho calor y playa llena se movió la arena y el ojo de buey se abrió, el ojo del hormigón que se paró y se comió a una bañista. Y después volvió a su lugar. Ahora en el primer piso vive el encargado.

.....

### **LA BALLENA Y EL MAR**

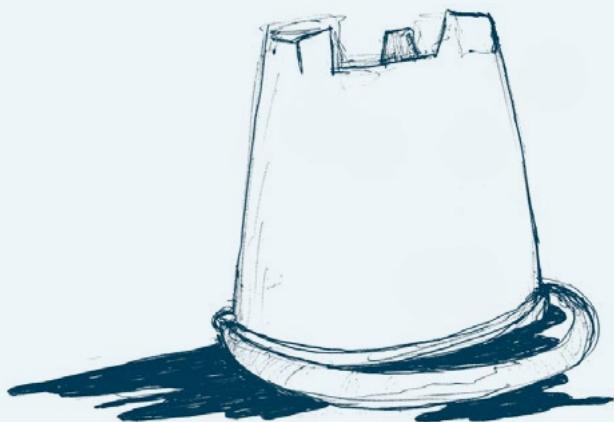
La señora derrochaba carne y feliz se remojaba las partes en la orilla, sin problema, salpicándose con las olas y los niños que chapoteaban corriendo hacia el mar. Desde chica había tenido que soportar mansamente las miradas de los bañistas. Su espesor era proporcional a las dificultades que tenía para caminar. Sonreía mientras se mojaba colocando las dos manos como pala cada vez que una ola llegaba hasta la orilla. Llevaba puesta una malla enteriza negra y pelo corto bajo su gorrito piluso. En lo más profundo odiaba a las chicas que lucían curvas en la playa: una de ellas se llamaba María y retozaba feliz e inocente en las arenas gesellinas.

María era, como se sabe, inocente. Miraba todo y a todos en la playa inventando historias, imaginando la vida de cada personaje. Cuando la vio sonrió con ternura ante los desprejuiciados movimientos de la dama que con gracia bamboleaba sus caderas al ritmo

de las olas y el viento y sucedió lo peor: la gorda la vio y juró venganza, deseaba redimirse vertiendo en una sola hermosa chica de la playa todo el odio que llenaba su cuerpo. Así que caminó con lentitud y dificultad en dirección a María y tropezó casualmente con el balde de un niño, que protestó, y rodó hasta caer sobre la chica y aplastarla. Primero el novio flaquito intentó sin éxito mover a la gorda, después vino el bañero y más tarde llegó la policía: no podían levantarla. Estuvo ahí hasta que solita se despegó de la joven y salió caminando, flaca, flaquísima, con unas piernas hermosas y un culito redondo que está para chuparse los dedos, y tetitas chiquititas lindas y todo un cuerpo precioso, para matarla, el bañero la mira de atrás. María en la arena no puede incorporarse. El novio flaquito ayuda a su novia pero no le alcanza la fuerza: ahora es una gorda enorme, una ballena.

## LOS RECURSOS DE LA ISLA

La isla está ahí desde el primer cuento, pero no pasa nada: los bañistas avispados ya no se tragan la carnada de las piedras preciosas. La isla tiene hambre. En la ciudad balnearia se pusieron de moda los edificios con cara de hormigón. El episodio de la bañista devorada desató el snobismo de los turistas y las inmobiliarias ofrecen las últimas ofertas en materia de hormigones. El fabricante de ventanas ojo-de-buey se está haciendo más y más popular. Es muy caro alquilar un departamento en el edificio original. Entonces la isla aprovecha el marketing y se disfraza de cara de hormigón y sale a la arena. Nadie se pregunta por la nueva construcción. Más bien, las inmobiliarias se pelean por alquilar las habitaciones y ese mismo día el inmueble se llena de turistas. Un niño abre un placard y descubre que está lleno de piedras preciosas, y grita ¡la isla, es la isla!, todos corren pero es tarde, ya están atrapados y son masticados lentamente por la isla hormigón.



## LA ARENA VIVA O EL FIN DE LA PESCA

El fin comenzó el día en que los granos de arena despertaron. Cada minúscula partícula era ahora una forma de vida. Al principio reinaba la confusión, los arenos del norte iban hacia el sur y los del sur hacia el norte, exploraban la costa, hacían castillos de arena y pistas de arena para autitos de carreras, todo era movimiento, pero siempre dentro de los límites de la playa. Con el tiempo los veraneantes que habían abandonado el lugar fueron volviendo y se acostumbraron al carácter inestable y tornadizo de la costa. Hasta que un areno decidió conocer mundo, era un líder de las playas y los de su especie lo siguieron cuando se adentró en el continente: entonces las costas quedaron vacías de arena, o sea: huecas. Todo se transformó en una gran abertura, y abajo de la arena sólo hay más y más arena hasta llegar al centro del planeta, que es de fuego, así que el mar inundó el hueco, y si bien el agua en principio se calentó al entrar en contacto con el centro de la tierra y todos eran felices bañándose en invierno, finalmente la bola de fuego terminó por apagarse y el planeta se enfrió y se partió en dos por culpa del calentamiento global: se sabe, si se somete un cuerpo a cambios bruscos de temperatura, frío-calor, frío-calor, se quiebra, y, por lógica, la Tierra se fracturó justo por el hueco, o sea que esta parte del mundo termina en nuestras playas, no hay mar y no hay pesca. Bajó el turismo en temporada ●

---

**Ramiro Gallardo** (Buenos Aires, 1974). Arquitecto recibido en la UBA, da clases en la FADU desde 1999. Es miembro, junto a Gustavo Nielsen, Enrico Rovalletti y Max Zolkwer, de Galpón Estudio, un espacio múltiple que alberga arquitectura, diseño gráfico, artes plásticas, literatura. Su blog: [WWW.GALPONESTUDIO.BLOGSPOT.COM.AR](http://WWW.GALPONESTUDIO.BLOGSPOT.COM.AR)

Integra, junto a Ana Gallardo y Mario Gómez Casas, el colectivo Un lugar para vivir cuando seamos viejos, un proyecto interdisciplinar que indaga sobre cuestiones relativas a la vejez, el rol de los viejos en la sociedad actual, la elección de la propia muerte, la construcción de un lugar utópico inserto en la propia trama de las ciudades. Su blog: [WWW.UNLUGARPARAVIVIRCUANDOSEAMOSVIEJOS.BLOGSPOT.COM.AR](http://WWW.UNLUGARPARAVIVIRCUANDOSEAMOSVIEJOS.BLOGSPOT.COM.AR)



Comentario del Jurado sobre las obras premiadas



Volver al índice

---

# • UNA LAUCHA •

SANTIAGO CRAIG

**El viento acá es otra cosa.** No llega al ruido: un susurro recostado en el borde de los toldos. Una de esas frases que se dicen por lo bajo en las iglesias con palabras cortas que cambian la erre por la ye y se unen entre sí con una jota seca. El viento es un salmo que levanta el polvo despacito y va esculpiendo las manos y las uñas rojas mordidas que rezan. Acá la gente se entretiene juntando piedras y contando los colores de los cerros. Hablan como si estuvieran cantando; quitan o agregan sílabas como si llenaran de tachones una partitura.

Los de acá dicen que es una desgracia para algunos animales ser tan bonitos. Dicen que son tranquilos, pero no relajados; que relajarse es agazaparse en uno y estar tranquilo es caminar seguro, ir sin problemas para cualquier lado. Yo ya no los escucho, pero hablan lo mismo. Dicen por decir, de aburridos.

Acá nací y acá vivo desde siempre con ellos.

Acá los nombres primero se sueñan y después se dicen, por eso la gente se llama como los santos o las flores. Acá llueve ahora. La lluvia es una rima perezosa que cuelga de los sauces; la puntuación de una charla entre gorriones encima de las tejas tibias. Casi nada acá es la lluvia. Casi ni agua, pero moja.

Acá el tiempo dura más tiempo y esperar es esperar el doble. Más que nada si llueven, como ahora, vboritas que no terminan nunca de deslizarse en la ventana y que cuando caen, cuando explotan, no son gotas, son babas de caracol, hilos de sueño.

Acá nada llega pronto. Estamos lejos de todo. Eso se escucha decir siempre. Que todo nos queda a horas y días y distancias que en tiempo son sémola y engrudo o también esa pasta aceitosa que hacen las viejas apelmazando el trigo.

Rosario me dijo que la paciencia es lo primero que tiene que tener una mujer si quiere ser verdaderamente una mujer. “No una niña”, me dijo, “una mujer”. Y que lo segundo es una blusa o una camisa blanca sin el dibujo de una laucha (acá le dicen laucha al ratón Mickey de mi remera). Planchada por ella misma la blusa, almidonada, si se puede, digna. Hablo con Rosario nomás, y poco. Rosario es mi abuela. Con mi madre casi nada: no es la edad para eso. Estoy sola hasta que me vienen a buscar los amigos. Van a venir todos después de la siesta. Mi novio también, que vendría a ser Guti: por ahora nomás nos damos besos, pero la idea sería casarnos. Cantamos juntos folklore y algunas canciones de moda también: discos de la radio. Yo canto, él toca la guitarra.



Acá todos tocan la guitarra o cantan o hacen música de alguna forma. Todos los viejos tienen los dedos planos, las uñas largas; las viejas, colgajos en el cogote de tanto gritar “luna”, de tanto gritar “tierra”.

Llegan mojados, los veo desde la ventana. No se usa el paraguas acá, es un estorbo. Me aplauden para que salga y no tardo nada.

Cuando me voy dice Rosario que me ponga el piloto, las galochas, que de alguna forma me tape que después ella me tiene que cuidar la fiebre, sonar los mocos. La dejo decir, no me da vergüenza que la escuchen: todos tienen sus Rosarios, sus Juanas y Margaritas que le dicen lo mismo más o menos en el mismo tono cuando salen. Pero en la puerta uno de los chicos se ríe, me mira y se ríe: uno que no conozco.

Parece que es el primo de Sergio, o el hijo del primo de su papá. Algo de un primo seguro, por lo que oigo: no pregunto. ¿De qué se ríe? De todo. Seguro. Es porteño. Como embobado va debajo de la lluvia, ni sabe ponerse a reparo entre los árboles y se da de lleno con varias ramas en medio de la jeta. Me podría reír, pero no. Lo miro hacer y me parece que él ya sabe que por adentro me río, porque me sostiene la mirada. Mejor así. Mostrar, dice Rosario y yo le creo, es siempre poco, mejor que los demás crean, que supongan.

Va como pensando en otras cosas, va callado y mira todo. Los sauces lánguidos que le zurran la cara, las costas barrozas del río que pisamos, las piedras rojas. ¿Adónde vamos? No pregunta él, no dice nada. Pero igual que yo me callo la risa, él se calla las preguntas, se le nota.

“Vamos al puente”, le digo, y él sigue callado. Guti y Patricio hablan por todos. No dejan ni una grieta, por eso seguro que él ni me escuchó decirle que vamos al puente. Mi voz chocó con la pared adobada que Guti y Patricio levantan con sus chillidos de mono. Dicen que van a ir a buscar a uno de los del Misericordia y que lo van a moler a patadas; que van a pescar el domingo a la tarde un pescado del tamaño de una canoa y que lo van a cocinar al limón para Lucio. Lucio. Yo escucho el nombre extranjero y se lo pego a la espalda encorvada como si fuera una etiqueta. “Lucio”: esa

espalda, ese atolondramiento, ese modo de sacudir las manos al caminar como si fueran colas de vaca. Lucio. Se ríe igual que los padres o los maestros: como de lástima se ríe, para alegrar a los chicos y hacerles creer que lo que dicen es gracioso, que le interesa. Pero no me engaña a mí. Se aniebla con ademanes cuando dice alguna cosa. Que son pocas y cuidadas. Nos tantea y no se muestra. Prefiere reírse porque reírse es mezclarse con el bulto que somos, este montoncito húmedo de sombras debajo de los árboles.

Para chicanearlo nomás le pido tabaco y, como espero, él me ofrece una cajita con cigarrillos. “No, de esos no, acá los armamos”. “Ah, yo los compro hechos. Es más fácil”. “Son mejores los que arma uno, son más ricos”.

Que le quede claro, ni siquiera fumamos lo mismo: es extranjero. “Yo fumo lo que me gusta”, le digo y me armo un cigarrillo con el tabaco que saqué del morral de Guti. Con una mano lo armo, igual que los viejos y los náufragos, y lo enciendo haciendo chasquear en los dedos la piedra de un encendedor plateado a bencina. “Es más aburrido lo fácil, es verdad”, me dice, “Me tenés que enseñar a armarlos y a prenderlos así”. De repente se le abrió la boca a Lucio, se le encendió la garganta y me habla. Había que pincharlo nomás. No es tímido, para nada. “A mí me enseñó Guti”, le digo, y le señalo con un arqueado del mentón al chico alto y empapado con el que tiene que hablar antes de hacerse el simpático conmigo. Él me sonrío. Lucio.

Tardamos un rato en llegar al puente y cuando llegamos no sabemos muy bien qué hacer. El suelo es barroso al lado del río y más al bosque el pasto es puro cardo. No podemos tirarnos en el piso, ni tampoco separarnos en parejas para andar por ahí a los besos: somos impares. Se nos hace astillado el silencio y nos lo pasamos uno al otro haciendo girar los ojos y resoplando por la nariz. Deambulamos juntado ramas y tirándonos al pelo venenitos. Sergio propone treparnos al puente y sentarnos encima de los fierros a comer lo que trajimos, a tocar la guitarra. “¿No se va a caer el puente?”, “Subimos mil veces”, “Pero subimos antes, cuando éramos chicos. Ahora somos más pesados”. Guti corre y salta encima de una columna, se encarama en uno de los fierros que tejen la estructura y da un par de saltitos. “No pasa nada. Vengan”. Lo seguimos. Lucio trepa como un gato. Yo pensé que le iba a costar, pero es hábil. Al resto también nos sale trepar, con las mochilas encima, con la guitarra: vivimos arriba de los montes, al borde de los precipicios.

El cielo se cierra y se vuelve cremoso mientras nos acomodamos entre las tablas de madera podridas. Hay olor a flores de ofrenda, a charco con tábanos y a chapa oxidada. Hace calor, como siempre, pero las vías están frías. Pasa casi nada el tren. “¿Y qué pasa si pasa el tren?”. “Nos lleva hasta San Lorenzo”. Todos conocemos el chiste menos Lucio. Todos nos reímos menos él.

Fumamos y cantamos canciones. Tomamos mate. Elena nos muestra un preservativo que encontró revolviendo en los cajones de su hermano. Guti dice que los forros los tienen que usar nomás los maricones. Lo abrimos y lo inflamamos como un globo. Sergio lo sostiene en la entrepierna y se lo pasa a las chicas por la cara. Nos corre a todas, y nosotras saltamos entre las maderas y las vías. Elena, para escaparse, se cuelga de un riel. Lucio le dice a Sergio que no sea idiota, que es peligroso. Las tres chicas gritamos agudo y finito.

Al rato, de un golpe está lloviendo enserio, de un latigazo, y nosotros no hicimos nada. Nos pasamos la tarde ahí. Nos haría falta más abrigo, estar más cerca de casa. Se desarma el cielo y empezamos a bajar. Lluven gotas robustas y nos hacen plop en la cabeza. Aunque no se pueda escapar (escaparse de la lluvia, del agua que cae del cielo es imposible) corremos. Gritamos y corremos; bajamos el puente asustados. Podrían caer ratas muertas, restos de cadáveres podridos. Contó Sergio que una vez en no sé donde un tornado levantó del piso un cementerio y a los del pueblo le llovieron encima los parientes. Todos nos acordamos de eso mientras corremos. Seguro. Yo me acuerdo. Van adelante, ya en el bosque algunos, pensando (tiene que ser) en esos huesos, en esos ojos agusanados de nuestros padres y abuelos en el cementerio cayéndonos desde las nubes. Ahí muertos tenemos todos. Menos Lucio. Yo pienso que también me voy a morir acá y me van a enterrar en ese cementerio y se me hace una trenza en la barriga.

Escucho a Lucio. Grita atrás, ya lejos. No escucho que, como nosotros, diga “¡Corramos!”, diga, “¡Se cae el cielo!”. Escucho que grita “Mickey”. Debe ser que lo pienso, que lo imagino nomás. “¡Mickey!”, desde el puente todavía, pareciera. “¡Mickey!” Paro y me doy vuelta. Y atrás del agua, de los demás que ya se fueron, veo a Lucio, no lo imagino, es verdad, colgando de un fierro, gritando. Voy corriendo porque me llama. Soy Mickey para él, entiendo: mi remera.

Llego volando al puente y lo ayudo a bajar: no es difícil la verdad, no me cuesta. Él no sabe que si yo no estaba ahí se le iban a caer encima nuestros muertos, brazos hinchados, dentaduras, pero de todos modos me agradece. Lo salvé. Podría estar muerto él también o por lo menos lastimado. Pero no le digo nada de eso. Los chicos ya se fueron. Todos están en otra parte menos nosotros. Le pregunto: “¿Estás bien?” Me dice: “Estamos, Mickey. Nos salvamos”.

---

**Santiago Craig** (Buenos Aires, 1978). En el año 2010, Ediciones Encendidas publicó su primer libro de relatos *El enemigo*. Trabajó en muchos lugares y de muchas cosas. Participó en algunos concursos, y en la mayoría no ganó. En otros sí. No vive de escribir. Pero escribe todos los días. Le es difícil elegir un libro preferido. Más bien tendría que hacer una lista larga. Empezar por los de la adolescencia (Cortázar, Gironde, Borges, Pizarnik, Baudelaire, Rimbaud); los de la juventud (Henry Miller, Celine, Beckett, Hemingway) y los más actuales (Lobo Antunes, Coetzee, Cheever, Yates, Walser, Hanke, Hernández...). Pero el libro que más veces leyó y releyó probablemente sea: *Una temporada en el infierno*, de Arthur Rimbaud.



Comentario del Jurado sobre las obras premiadas



Volver al índice

---

**“La lectura, según como yo la entiendo, debe ser placentera.** Es decir, si un libro no me gusta, lo dejo. Sin prejuicios abrazo un libro y sin prejuicios lo abandono. Pero cuando a uno le toca formar parte de un Comité de Lectura -que evalúa cuáles son los cuentos que avanzan y cuáles no- leer también es una exigencia que nos posiciona frente a una experiencia nueva. El placer sigue siendo importante, definitorio, no lo voy negar, pero además está esa cuota extra de auto conciencia que nos dice que tenemos que contemplar algo más. Eso, sólo por mencionar algo, nos hace humildes frente al viejo placer, tolerantes y mejores. Fue una grata oportunidad. Felicito y agradezco a los participantes.”

*Alejandro Ferreiro*

**“Ser Jurado de Selección fue una gran experiencia.** Al principio tuve que amigarme con el sistema e internalizar los tiempos del proceso (al ver subidos los primeros cuentos, me comía la ansiedad por entrar a leerlos).

Tuve que esperar hasta la señal de largada. Una vez metido en la lectura, me encontré con una gran diversidad de estilos y géneros. Es muy alentador comprobar el nivel del semillero de escritores. Respecto de la utilización de hipervínculos, considero que queda mucho camino por recorrer. Esto, no es una crítica, sino una clara señal de que queda campo por andar.”

*Juan Guinot*

**“Mi segunda participación como jurado de la convocatoria me dejó más que conforme: muchísimos cuentos recibidos, varios de ellos realmente muy buenos, y un gran conjunto de evaluadores que se constituyó como un equipo de verdad.** Como organizador, la experiencia fue interesantísima, llena de aprendizajes, teniendo la posibilidad de armar un concurso en el que me hubiera encantado participar como autor. Quedan todavía muchos detalles para mejorar, para crecer, para seguir dándole forma a un premio que se está ganando una identidad propia.”

*Nicolás Hochman*

**“Se trató de una experiencia novedosa: en sus consignas, en su plataforma de evaluación y en el hecho de que haya sido un banco privado el que impulsara la convocatoria.** A título personal, me permitió pispear sobre qué escriben los nuevos autores.”

*Daniel Krupa*

**“La organización de la Convocatoria Itaú de Cuento Digital, en conjunto con la Fundación Itaú, ha sido una experiencia valorable.** Ha sido llamativa la cantidad de cuentos recibidos en las diferentes categorías -más de setecientos- y no sólo eso, sino la calidad de los textos. Ha sido muy difícil la selección de los cuentos finalistas. Tanto la cantidad como la calidad de los cuentos que participaron tienen que, necesariamente, decir algo: que la literatura en los jóvenes está viva y que está cambiando -en sus temáticas y sobre todo en sus herramientas narrativas-; el cambio es el estado natural de las cosas. Y si la literatura está cambiando -o ha cambiado-, y queda en mano de estos narradores, va por buen camino.”

*Yair Magrino*

**“La oportunidad de formar parte de una comunidad de lectores constituye un hecho feliz y en cierto modo anómalo.** Que esos lectores hayamos tenido el privilegio de dar con páginas a menudo memorables, supone una felicidad que está más allá o más acá de las palabras. Con esto pretendo decir que he sido un dichoso lector de relatos, y que he aprendido más de lo que he podido enseñar.

Salvo excepciones, cada uno de los participantes de la Convocatoria Itaú de Cuento Digital 2012 ha demostrado por lo menos dos cosas: verdadera pasión por la escritura, y la vigencia de un género –el cuento– que se da con asombrosa naturalidad en el Río de la Plata.”

*Gastón Navarro*

**“De los concursos en los que intervine, éste ha sido diferente al resto.** No me percaté de esa diferencia hasta que comencé a leer las obras enviadas.

En muchas obras encontré una manera de narrar que no puede conectarse naturalmente con lo que nosotros entendemos por literatura. Pero este modo de contar una historia merece ser tenido en cuenta, porque tiene en sí valores que le dan sustento, que abren nuestra imaginación hacia lugares impensados y que no siempre tienen que ver con el relato clásico. Hubo narraciones parecidas al collage de las artes plásticas, con formas que obedecen a otras reglas que, en muchos casos, todavía están en proceso de formularse.”

*Julio Parissi*

**“Leer cerca de 200 cuentos anónimos no es cosa de todos los días.** Mi método para evitar abrumarme y mantener a raya los efectos de la ansiedad fue el siguiente: primero me hice a la idea moviendo el cursor y desplegando una y otra vez todo lo que iba a tener que abrir, leer y evaluar en pantalla y que parecía no tener fin. Después hice esfuerzos para dejar de sentirme una especie de predadora. Porque así me sentí durante los primeros 10 o 20 relatos: “¿quién soy yo para que pasen por mi criba estos escritos?”, “¿con qué derecho ando leyéndole las cosas a la gente?”

Como esa neurosis no ayudó tuve que intentar otra cosa: olvidarme del concurso, de los autores, de las fechas de evaluación, de todo, y dedicarme a leer, como quien lee porque sí.

Haber sido parte del comité de lectura de este concurso fue para mí una de las experiencias más divertidas e interesantes del año. Los participantes no tienen idea hasta qué punto le pueden alegrar la tarde a uno.”

*Ana Prieto*

**“En lo personal, participar de un evento literario como esta Convocatoria de Itaú, me enorgullece y entusiasma.** Y al ser uno de los que fundaron el Grupo Alejandría, también me parece muy importante cómo nos hemos podido integrar con una entidad empresaria. Me parece una prueba de que la interdisciplina y la cooperación son siempre posibles aún entre sectores distintos.

En lo concerniente al concurso en sí, me pareció notable la participación y cómo de a poco se va abriendo un campo literario y artístico nuevo: el de la literatura digital.

Agradezco y felicito el trabajo de todos los compañeros y fundamentalmente de los coordinadores.”

*Edgardo Scott*

**“La verdad que me encantó haber participado de esta Convocatoria.** Desde el punto de vista de la organización, creo que nunca había trabajado con tanta soltura y al mismo tiempo tanta organización. Se cumplieron todos los plazos y las condiciones de trabajo fueron claras en todo momento. Fue un verdadero placer “trabajar”, en ese sentido, y más teniendo en cuenta la razón principal de este trabajo: leer textos literarios, con el desafío y la expectativa que genera. Por esto último, desde el punto de vista de lo inasible, del puro gusto por la literatura, también fue un placer haber recorrido semejante número de obras. Disfruté mucho la lectura de algunos cuentos, e incluso hoy todavía me quedan en la memoria emotiva algunas de las historias, de las tramas, algunos personajes, algunos gestos precisos. Fue un proceso que valoro y valoraré mucho.”

*Diego Vigna*

**“Linda convocatoria la de Itaú.** Integrar la literatura a las nuevas tecnologías a través de un concurso es una forma amable de enfocar el debate acerca de la tensión entre el libro electrónico y su tradicional formato en papel.

Lo importante es estimular la lectura. Para eso necesitamos escritores. Los concursos ayudan a que esta comunidad se mantenga saludable y subsista.”

*Claudia Amengual*

**“Ser jurado de un concurso es una labor absorbente.** Durante días no podés hacer nada más que sobrevivir entre tareas cotidianas y leer los textos. De pronto te encontrás haciéndote un café y pensando: ¿Por qué tal participante puso tal palabra y no tal otra? ¿por qué usó tal expresión en lugar de aquella? ¿Por qué pone letras en lugar de nombres para identificar a sus personajes?

Hallar al/los premiado/s es una tarea difícil.

En mi caso, confío más en el corazón que en la preciosidad de una técnica o un portento academicista. Algo de lo que lea en el concurso tiene que emocionarme, tiene que brillar por sobre todos los otros textos. La aguja en el pajar. Y esta es la labor agobiante del jurado: estar atento, estar alerta, confiar en uno mismo como lector. Estás perdido en un siniestro bosque literario esperando a que ese escritor que quiere ser descubierto, ponga una luz en tu camino. Y en algún momento, el bosque se vuelve un gran cuento y estás en paz con vos mismo.”

*Patricia Suárez*

.....

*Un* EPÍLOGO  
*para*  
CUENTOS  
DIGITALES

.....

La pluma, el manuscrito, la máquina de escribir, el teclado táctil..., una enumeración que da cuenta de las transformaciones del “medio de producción” literario e inevitablemente de nuestros hábitos de lectura.

Itaú Cultural apoya a los jóvenes creadores. Y esta Convocatoria, alineada a ese espíritu, tiene como fin brindarle visibilidad a los escritores de la nueva generación, aquellos que están emergiendo y que en esta ocasión se atrevieron a enriquecer sus relatos con las herramientas que ofrece el mundo digital.

También nos propusimos desafiar a los lectores, motivarlos para que se lancen a esta nueva aventura literaria: la de leer cuentos que poco a poco cobran nuevas dimensiones expresivas y que están disponibles a donde quiera que vayan.

Si estás leyendo este texto, nuestro deseo se cumplió, fuiste parte de esta articulación equilibrada y deliciosa, literaria y digital.

*Fundación Itaú*

Este libro surge de algunos encuentros promisorios: el de estos escritores con la Convocatoria Itaú de Cuento Digital 2012, el de la Fundación Itaú-Cultural con el Grupo Alejandria, y el de la literatura –en este caso, en una de sus formas clásicas: el relato o cuento breve– con las nuevas tecnologías.

Respecto del primer encuentro, el libro presenta una gran variedad de estilos y tradiciones literarias. La escritura de estos autores contiene no sólo el impulso intenso y original de los artistas jóvenes, sino también un rigor formal consciente y amoroso. Estos cuentos superaron una difícil competencia; participando junto a más de setecientos relatos de toda Hispanoamérica y atravesando el filtro de un exigente comité de lectura, compuesto por Manuel Crespo, Alejandro Ferreiro, Juan Guinot, Nicolás Hochman, Daniel Krupa, Yair Magrino, María Martoccia, Julio Parissi, Ana Prieto, Edgardo Scott, Gastón Navarro y Diego Vigna. Luego de varias instancias de preselección, el comité de lectura eligió a treinta y un finalistas, de los cuales doce fueron distinguidos y premiados por un prestigioso jurado: Martín Kohan (Argentina), Patricia Suárez (Argentina) y Claudia Amengual (Uruguay).

Esperamos que nuestro trabajo haya sido una grata muestra de que no sólo es posible, sino también productivo y favorable la convergencia entre entidades privadas y los grupos o proyectos autogestivos, como lo es Alejandria. Los integrantes del Grupo Alejandria consideramos que el resultado de este trabajo, además de este libro, fue la convocatoria en sí misma, la cual, sostenida a lo largo de 2012, sirvió como oportunidad para integrar y difundir a escritores jóvenes de toda la región.

Por último, la fusión entre un arte tan antiguo como el de narrar y las nuevas tecnologías, es en verdad un paso que damos no sin interrogantes, pero con mucho entusiasmo y curiosidad. ¿Qué habrán sentido los actores, directores y dramaturgos, cuando a finales del siglo diecinueve y comienzos del siglo veinte, una nueva forma artística –el cine– los convocaba? No podemos predecir qué alcance tendrá la literatura digital ni de qué modo surgirán grandes obras bajo este formato, pero ya podemos ver, a través de estos primeros tanteos, que la literatura digital es un territorio autónomo, abierto a todo un horizonte de posibilidades para los autores y también, por supuesto, para la cultura en sí.

Pero tal vez haya un encuentro más. El más trascendente. El encuentro de estos relatos con sus lectores, y ahí se halla la hermosa posibilidad que siempre nos brinda la literatura: reconocernos entre los habitantes de ese mundo frágil, auténtico y misterioso, que es la ficción.

#### **Grupo Alejandria**

*Clara Anich  
Nicolás Hochman  
Yair Magrino  
Edgardo Scott*

.....  
EPÍLOGO  
del GRUPO  
ALEJANDRÍA  
.....

